

CAPÍTULOS GRATUITOS

Prohibidos

Matías García

INTRODUCCIÓN

La Gran Guerra Bacteriológica de comienzos del siglo XXII entre las mayores potencias del mundo fue letal para los humanos. Los múltiples virus, enfermedades y bacterias liberadas se esparcieron por los continentes en cuestión de meses y exterminaron a más del 99,9% de la población total del planeta. En busca de la preservación de la humanidad, los pocos sobrevivientes fueron enviados a Arkos, un gigantesco refugio ubicado en los confines de la entonces derretida Antártida, creado con el propósito de resguardar la especie humana.

Al quedar reducida al borde de la totalidad, la procreación y la restauración de la población se volvieron una urgencia. Con el fin de asegurar el crecimiento del número de humanos en la Tierra, los líderes de Arkos instauraron la reproducción obligatoria, medida radical que forzaba a cada persona mayor de dieciocho años a formar una familia.

Era tal la necesidad de aumentar el número de sobrevivientes que incluso los habitantes de orientación no heterosexual fueron exigidos a participar en la procreación. Aunado a ello, los derechos humanos eran transgredidos al extremo de obligar a los hombres a ejercer todos los trabajos y oficios del refugio mientras que las mujeres eran limitadas a dedicarse solo a la maternidad hasta que sus hijos alcanzaran cierta edad. Esto, sumado a las reproducciones obligatorias, generó el descontento de gran parte de los ciudadanos de Arkos.

Para reducir el clima tenso e inestable, los líderes y científicos más experimentados de Arkos optaron por erradicar en secreto la homosexualidad mediante la creación de un procedimiento conocido como «la Cura», intervención que convertía a los pacientes a la heterosexualidad (con drásticos e irreversibles efectos secundarios).

A pesar del presunto éxito de la erradicación, aún se presentaron casos de homosexualidad en las décadas posteriores. Desde entonces, para asegurar la cooperación social en su eliminación absoluta, los líderes de Arkos dictaminaron considerarla como una peligrosa enfermedad prohibida cuyo remedio necesario consistía en el sometimiento a la Cura.

Con el paso de las generaciones, la libertad de los habitantes se mantuvo igual de escasa y la verdad sobre la homosexualidad fue quedando en el olvido hasta volverse apenas una dolencia que debía ser curada y suprimida con urgencia.

Actualmente, en pleno año 2403, la humanidad continúa confinada en la ahora imponente nación de Arkos, en la Antártida, único sitio habitable en la Tierra. Las reproducciones sexuales todavía son una obligación, la homosexualidad sigue siendo una enfermedad y la libertad no es más que un sueño utópico e inalcanzable.

La historia gira en torno a dos amigos que están prontos a ser sometidos a la reproducción sexual obligatoria: Aaron Marshall y Alicia Robles.

Aaron es un joven de dieciocho años que habita en Libertad, capital y ciudad central de Arkos. Él esconde un peligroso secreto: padece la enfermedad prohibida.

Alicia, también de dieciocho, no quiere ser madre. Se rehúsa a pasar la vida entera junto al hombre equivocado, lo único que desea es ser dueña de su futuro.

Ambos encontrarán el amor en personas que resultarán una amenaza para su bienestar y, a causa de sus relaciones, se adentrarán en un riesgoso movimiento rebelde en contra del gobierno de Arkos. Sus caminos se verán cruzados en la lucha por escapar y por cumplir con su mayor anhelo: conseguir la ansiada libertad.

PRIMERA PARTE

DESTINADOS

CAPÍTULO 1

AARON

77 DÍAS PARA LA REPRODUCCIÓN OBLIGATORIA

—Aquí me tienes, Aaron. Estoy lista para cumplir nuestro destino.

Caroline aguarda impaciente por algún movimiento de mi parte. Acaba de quitarse la ropa para dejar su cuerpo al descubierto. Aunque presenciarla de tal forma debería despertar alguna especie de deseo natural en mis adentros, solo siento la misma indiferencia de siempre. No hay excitación. No hay atracción.

Nunca la ha habido.

Ella ruega con la mirada como si implorara ser tocada de una vez por todas. ¿Cómo podré complacerla sin que detecte la ausencia de placer mutuo? No puedo obligarme a desearla. Durante años me he presionado a forjar una relación amorosa con ella, a planificar un dichoso futuro a su lado y a besarla día tras día como si un verdadero impulso me llevara a hacerlo... Pero sentir deseo es algo que no puede ser forzado, porque va más allá de todo lo que soy. Simplemente no puedo. Al menos, no hasta ser curado.

Decido intentarlo de todas formas. Me acerco a Caroline con nerviosismo y ella me dirige una mirada penetrante mientras muerde sus labios en un absurdo y casi gracioso intento de lucir sensual.

Aún nada.

Junto mis labios a los suyos y le acaricio el dorso de arriba abajo; primero con suavidad, luego con agresividad... nada. Me muevo en completa voluntad, ninguna necesidad corpórea me incentiva.

Y ella parece caer en cuenta de mi incomodidad.

—¿Qué te sucede? —Se aparta y escruta mi rostro—. ¿Todo bien?

—Lo siento, estoy un poco nervioso. Ya sabes, es mi primera vez.

—También la mía... pero vamos, tenemos que hacerlo. Solo relájate y déjate llevar.

Me niego a rendirme. Vuelvo a besarla como si mi vida dependiera de ello. Caroline desabrocha mi pantalón con agilidad y decisión, lo que no deja de impresionarme. Nunca creí que sería ella quien tomara la iniciativa de forma tan apresurada y confiada.

¿Es en realidad su primera vez también?

Me quita la playera. Besa mis hombros, mis clavículas y mi cuello. De pronto, ella revuelve mi cabello con sus manos y en mi mente aparece un recuerdo fugaz de Carlos, el novio de Alicia y uno de mis más grandes amigos. Siento la súbita obligación de detenerme.

—Perdóname, no puedo hacerlo. —Llevo las manos a la cabeza y me alejo un par de metros.

—¿Cuál es tu problema? —Caroline me enfrenta con disgusto—. ¿No quieres reproducirte conmigo? Aaron, somos novios. ¡Es nuestro maldito deber!

—Por supuesto que quiero, es solo que aún no estoy listo.

—La reproducción sexual obligatoria será en menos de tres meses —recuerda ella—. Te estoy dando la oportunidad de procrear sin necesidad de recurrir al procedimiento obligatorio. ¿Por qué no quieres intentarlo?

«Porque no siento nada por ti», me gustaría confesarle.

«Porque nunca he sentido algo por una mujer».

«Y la razón más importante de todas: porque tengo la enfermedad prohibida».

—Solo esperemos el gran día —imploro—. Prometimos que lo haríamos de ese modo.

—Cariño, estoy desesperada. Ya me cansé de esperar.

—Pronto te daré el amor que mereces. —Toco su mejilla y la acaricio con suavidad, bastante incómodo por su mirada recelosa.

—Como quieras —espeta, más triste que enfadada.

Su rostro melancólico me parte el corazón. Desearía que las cosas fueran diferentes para ambos.

Nos vestimos en completo silencio antes de abandonar la habitación para dirigimos a la estancia. Los padres de Caroline no se hallan en casa; ambos se encuentran en sus respectivos puestos de trabajo en el centro de la ciudad.

Siento que no sería correcto dejar a mi novia a solas después de aquel desastroso momento de intimidad fallida, pero lo único que quiero hacer es huir de aquí y perderme en las abrumadoras e inmensas calles de Libertad.

Necesito pensar. Tengo mucho en lo que pensar.

Tal como dijo Caroline, la reproducción sexual obligatoria organizada por la Cúpula tendrá lugar en solo dos meses y medio.

La edad mínima aceptable para la concepción en nuestro país es de quince años. Si para los dieciocho no hemos procreado, somos sometidos a la reproducción obligatoria de manera irrenunciable.

Para la procreación necesitamos una pareja, la que debemos registrar meses antes del día de las reproducciones. Caroline y yo estamos registrados y emparejados. Por ley, nos vemos obligados a tener un hijo y a casarnos en la semana posterior a la concepción. De no contar con una pareja para el gran día, un *software* inteligente empareja a los jóvenes disponibles mediante un eficaz análisis de compatibilidad fisiológica y psicológica.

Cada año se escoge un día entre junio y julio para las reproducciones sexuales. Si cumplimos los dieciocho años antes de la fecha escogida, quedamos inscritos de forma automática para la ronda anual correspondiente.

Yo cumplí dieciocho años hace un mes. Pronto el mundo sabrá que tengo la enfermedad prohibida y tendré que someterme a la Cura.

El día de la reproducción obligatoria, los médicos descubrirán que soy portador. Lo más probable es que seré sometido a la intervención curativa el mismo día, por lo que estaré listo para ser padre de inmediato. Podré sentir deseo por Caroline. Podremos ser felices.

Me aterra imaginar lo que pensarán mis amigos y mis familiares cuando se enteren de que oculté la enfermedad por tanto tiempo. Mis padres estarán furiosos, sobre todo dolidos. Aunque la enfermedad haya sido extinguida por completo de mi cuerpo, mis amigos y allegados seguirán sintiendo asco por mí.

Caroline, por su parte, no perdonará mis mentiras con facilidad, aunque sé que existe la posibilidad de que lo haga con el paso del tiempo. Ella me ama con absoluta honestidad. Confío en que me apoyará a pesar de todo.

De haber confesado mi enfermedad cuando recién comencé a sentirla en mis adentros, hoy estaría curado. Ya tendría un hijo con Caroline y no habría necesidad de ser sometidos a la primera ronda de reproducciones sexuales. Habríamos de esperar por la segunda, que se realiza a los treinta años.

El miedo me acobardó. Motivó mi decisión de permitir que corriera el tiempo y que esperara que el lapso se acabara para que las circunstancias se encargasen de resolverlo todo. Ahora, debo afrontar mi error y aceptar las consecuencias.

Si nunca tuve el coraje necesario para revelar mi dolencia y acceder a la Cura fue por el temor a acabar como Andrew, mi antiguo vecino. Él, al igual que yo, padecía la enfermedad prohibida. Se supone que no debía saberlo, pero lo descubrí y lo he callado hasta el presente.

Recuerdo cuando llegaron a buscarlo. Yo tenía catorce años y comenzaba a sentir los primeros síntomas de la enfermedad: pensamientos indebidos sobre otros hombres, secreciones provocadas por fantasías prohibidas e inestabilidad que estaba lejos de ser normal. Tenía la edad apropiada para darme cuenta de que algo estaba mal en mí y para saber la peligrosa razón por la que Andrew y su mejor amigo Ben pasaban tanto tiempo a solas. La misma razón por la que el Cuerpo de Protección fue por ellos hace cuatro años.

Yo no tenía permitido acercarme a la ventana y espiar qué pasaba en la casa de enfrente. Los ciudadanos somos obligados a fingir que nada sucede cuando los protectores están cerca; debemos dejar que hagan su trabajo sin husmear ni intervenir. Pero, a pesar de ello, y contra toda prohibición, me acerqué al marco, corrí la cortina unos cuantos centímetros y vi lo que me atormenta en pesadillas desde entonces.

Junto a lo sucedido con Andrew, lo que he leído en la red negra sobre la enfermedad prohibida ha incrementado mi temor a pedir ayuda.

La red negra es la más peligrosa de las redes virtuales de la intranet, también la más explícita. En ella se encuentra información secreta que casi toda la nación desconoce. Esta red prohibida solo es accesible para aquellos que sepan burlar los sistemas de rastreo y monitoreo del Departamento Informático de la Cúpula, y para mí resulta sencillo hacerlo. Gracias a mi padre, he sido un genio informático desde que tengo uso de razón.

El castigo por navegar en la red negra consiste en cinco años y un día de prisión. ¿Qué haría conmigo el Cuerpo de Protección si descubriera que, además de navegar en la red negra, poseo la enfermedad prohibida?

La poca información que he leído sobre la enfermedad no ha sido alentadora. Por ejemplo, en un foro decía que, tras ser sometidas a la Cura, las personas dejan de ser las mismas. Ciertos rumores afirman que algunos de los enfermos prohibidos son ejecutados, y tengo la certeza de que es verdad. Saberlo me da escalofríos. No quiero morir o cambiar quien soy, solo quiero ser curado.

Y por mi bienestar, debo serlo.

Por mi vida, debo tener un hijo con Caroline.

CAPÍTULO 2

ALICIA

77 DÍAS PARA LA REPRODUCCIÓN OBLIGATORIA

Me pierdo en el movimiento de alas de un ave robótica en la anchura del cielo, tan libre y despreocupada que nada excepto volar parece importarle. Yo también desearía ser como un ave errante que escapa hacia el horizonte sin ningún otro propósito más que perseguir al sol y alejarme para siempre de la jaula en la que he sido cautiva desde mi nacimiento.

No obstante, si lo pienso de una forma realista, las aves robóticas no tienen otro propósito que decorar el cielo y emular a las especies aladas que existían en el mundo antes de la Gran Guerra Bacteriológica. No pueden ir más allá de sus límites establecidos, su mundo entero es trazado por sus creadores.

En efecto, soy como un ave, pero no un ave real.

Soy un ave robótica.

—Alicia, no me estás prestando atención.

Desví la mirada de la ventana y la dirijo a los ojos oscuros de mi madre. Ella bebe una taza de té helado con limón. Se ve tan joven que perfectamente podrían confundirme como su hermana menor. Nos parecemos mucho: ambas tenemos el cabello liso y negro, rasgos del medio oriente y la piel morena.

—Disculpa, estoy algo distraída. —Agacho la mirada y bebo un sorbo del jugo de frutos procesados que tanto me gusta.

—Siempre con la cabeza en las nubes. —Ella emite la risa falsa que la caracteriza—. Te contaba que los padres de Carlos nos invitaron a navegar en yate en las costas de Nueva Dubái el próximo fin de semana.

Navegar en Nueva Dubái es lo más aburrido entre lo aburrido. ¿Qué sentido tiene hacerlo si no podemos traspasar los pilares limítrofes y adentrarnos en los mares lejanos? El único motivo real por el que los ricos navegan es porque quieren presumir sus lujosas e inútiles embarcaciones.

—Lo sé, Carlos me lo dijo. —Regreso la mirada al cielo—. Honestamente, no tengo ganas de ir.

Los padres de Carlos, el señor y la señora Scott, han sido buenos conmigo desde que me conocieron. Hemos sido vecinos de toda la vida en Athenia, una de las tantas villas ubicadas en las afueras de Libertad. Carlos y yo nos aproximamos cuando ambos teníamos diez años, desde entonces hemos sido inseparables. Iniciamos como amigos, nos convertimos en novios y pronto seremos un distinguido matrimonio.

Los Scott son una de las familias más adineradas y poderosas de todo Arkos. Abraham Scott, padre de Carlos, forma parte de la poliarquía que lidera nuestro país. Es el más importante de los gobernadores. Cassandra Scott, esposa del gobernador y madre de Carlos, es la directora del Departamento de Reproducción del Hospital General de Libertad.

El gobierno obliga a los habitantes a tener dos hijos en vida, a menos que paguemos una cantidad de dinero millonaria para eximirnos de la segunda ronda de reproducciones obligatorias. Los Scott decidieron concebir tan solo a Carlos, debido a que la señora Cassandra estaba demasiado dedicada a su carrera profesional como para ser madre por segunda vez. Tener un único hijo es un privilegio que solo los más adinerados pueden ostentar.

Mientras que la situación económica de los Scott es envidiable, la de mi familia pende de un hilo al borde del rompimiento. Mi padre, Oliver Robles, es el dueño de AutoMax, una destacada empresa de automóviles ecológicos y sustentables. Debido al lanzamiento de SkyBus, corporación especializada en vehículos aéreos de alta gama e innovación, nuestra empresa familiar está yendo a la quiebra. Si aún no ha quebrado, ha sido gracias a la generosa cooperación del gobernador Scott y a la estrecha relación de nuestras familias.

A pesar de la aprobación de la familia Scott y de la necesidad de la mía por resurgir, no quiero ser la madre de los hijos de Carlos.

No quiero ser madre de los hijos de nadie.

—Debemos estar ahí, te guste o no. —Mamá me mira con la misma expresión severa de siempre—. Nuestra situación es demasiado inestable en estos momentos; necesitamos más que nunca de los Scott. No permitiré que nuestra familia pierda su estatus social. ¿Te imaginas lo difícil que sería vender esta casa, abandonar Athenia y mudarnos a un barrio de la ciudad? El solo hecho de pensarlo me pone los pelos de punta.

—Lo has repetido cientos de veces —espeto—. ¿Podrías por una vez en tu vida hablar de algo que no sea el dinero?

Ante mi insolencia, ella decide guardar silencio. Es consciente de que tengo razón. No sabe hablar de otra cosa que no tenga que ver con el lujo y con las comodidades que ama.

Yo ya me resigné a lo que sucederá. Hace un mes, al cumplir los dieciocho años, confirmé que mi vida sería irremediabilmente desdichada. Me hallo en la obligación de convertirme en madre, de ser la esposa perfecta de un futuro gobernador de la nación y la esperanza económica de toda una familia.

De no ser por la crisis financiera que atraviesa nuestra empresa, podría ser emparejada con cualquier otro hombre para la reproducción. Siendo franca, preferiría pasar la vida entera junto a un extraño que en compañía de Carlos Scott. Él es un patán, y muy pocos lo saben. Bajo la imagen de un hijo ejemplar se esconde una persona con severos problemas con las drogas y con el alcohol, alguien que se mete en líos constantemente y que engaña a su prometida. Me ha sido infiel desde hace meses. Sus vanos esfuerzos por ocultarlo y por negarlo me enfadan más que el propio acto en sí. Sé con certeza que, al igual que yo, él no quiere ser padre.

Y no tenemos otra opción.

Nadie la tiene.

Mi teléfono vibra sobre la mesa: es una llamada de Carlos. Me alejo unos cuantos metros de mamá para contestar.

—¿Carlos?

—*Cariño, no podré acompañarlas para el té* —dice—. *Tengo algunas obligaciones que cumplir.*

—¿Qué clase de obligaciones?

—*Nada peligroso, no pienses mal* —asegura en tono despreocupado.

Asumo que trama algo malo.

—Carlos, como vayas al Sector G otra vez, haré que beses el suelo —amenazo sin una pizca de diversión en la voz, pero con miedo de que nuestra llamada sea interferida—. No olvides que tienes como novia a una experta en defensa personal.

Él ríe. En el fondo, ha de saber que mi amenaza va en serio.

Me llevo sustos de muerte cada vez que Carlos visita el G. Tal lugar, según se dice, es el infierno en la tierra.

El Sector G es el único sitio de Arkos carente del excesivo control y supervisión del gobierno. Nunca he ido, pero se rumorea que ahí ocurre de todo: tráfico de drogas, trata de blancas, venta ilegal de anticonceptivos, prostitución, comercio de órganos y cualquier cosa posible e imaginable. Las autoridades permiten su existencia solo porque así la delincuencia se concentra en un único lugar.

Carlos suele ir «de compras» al G. Ha sido descubierto por el Cuerpo de Protección en un par de ocasiones, pero como es un futuro gobernador de la nación, los protectores absuelven sus crímenes, lo dejan ir sin inconvenientes y ocultan lo sucedido a la prensa y al país entero.

—*No te preocupes, no me pasará nada* —promete Carlos, como si ir al G fuera lo más sencillo del mundo.

—Sabes que no me gusta que vayas al G. Es muy peligroso.

—*No tienes de qué preocuparte. Estaré bien.*

—Aunque me opongá irás, ¿no?

Se limita a reír como respuesta.

—Prométeme que vas a tener cuidado y que volverás temprano —exijo.

—*Lo prometo.*

Mi esfuerzo por lograr que Carlos deje las drogas es cada vez más inútil. Lo he intentado todo, pero nada ha funcionado.

A pesar de sus defectos y de las cosas indebidas que hace, no puedo evitar preocuparme por él. Después de todo, ha estado conmigo desde el primer día en que cruzamos miradas. Solía sentir amor hace un par de años, pero el sentimiento perdió su fuerza con el paso del tiempo. No tengo más remedio que aprender a amarlo otra vez por nuestro propio bien y por el de los hijos que tendremos.

¿Podré ser la madre perfecta que el mundo espera que sea? Puede que sí.

¿Lograré amar a Carlos tanto como debería amar a mi primogénito? Tal vez.

¿Seré feliz? Nunca. Al menos, no con un gobernador de la nación.

CAPÍTULO 3

AARON

Caroline me abraza con fuerza. No me permite atravesar la puerta de su casa.

—¡No te vayas! —insiste—. Tenemos la casa para nosotros solos por un par de horas más. ¿Quieres ver una película preguerra en la pantalla gigante de la estancia? O tal vez podríamos jugar con la cámara de realidad virtual... ¡Espera! Pediré algo de comer y...

—Nena, no puedo quedarme —interrumpo—. Tengo asuntos que atender.

—Ambos sabemos bien que esa no es la razón por la que no quieres quedarte —masculla—. ¿Qué ocurre? Te he notado extraño desde hace meses. ¿Me dirás qué te sucede o ya no confías en mí?

¿Confío en ella? Sí que lo hago, pero hay cosas que son imposibles de admitir, y mi enfermedad es una de ellas. ¿Me querría Caroline del mismo modo si descubriera mi secreto? ¿Lo harían mis padres? Lo dudo mucho. Se vienen tiempos muy difíciles.

—Estoy bien. —Beso su frente—. Solo necesito un tiempo a solas.

—Lo entiendo, pero te guste o no, mañana serás mía toda la noche.

—Así será. —Fuerzo una sonrisa—. Adiós, cariño.

—Adiós. —Me ve directo a los ojos antes de seguir—: Te amo.

Comenzó a decir que me amaba hace tres meses. La primera vez que oí las palabras escapar de su boca sentí una culpabilidad inmensa porque yo no la amo. Le tengo un cariño especial, pero no es más que el cariño que podría sentir por una gran amiga o por una hermana. Nunca he experimentado la verdadera sensación de enamoramiento, pero sé que mis sentimientos por ella están muy lejos de ser convertidos en amor de pareja.

—También te amo —miento, saboreando el veneno de mis palabras.

Me he sentido como el mayor de los descarados por utilizar a Caroline por tanto tiempo. Nos conocimos el primer día de preparatoria, mismo día en el que conocimos a Carlos Scott y a Alicia Robles, nuestros mejores amigos en la actualidad. Al principio, la relación entre Caroline y yo no pasaba de una linda amistad. Ella siempre mostró interés en mí, pero yo la rechazaba con insistencia.

Porque no era ella quien me gustaba...

Era Carlos.

Sabía que sentir algo por él era enfermizo y anormal, además, nuestros allegados comenzaron a sospechar de mí. ¿Quién en su sano juicio rechazaría a Caroline, una de las chicas más atractivas de la preparatoria? No tuve más opción que iniciar una relación con ella, consciente de que no podría amarla o procrear hasta ser curado.

Mis padres están encantados con Caroline, y los suyos lo están conmigo. Todos esperan que nos casemos, que tengamos hijos y que formemos una hermosa familia feliz.

Tal vez en el futuro seremos una.

Abandono el barrio donde vive Caroline y deambulo por las inmensas calles del centro de la ciudad. Cientos de edificios y de rascacielos se alzan con majestuosidad en los alrededores. La mayoría tiene diseños diferentes, pero tonalidades ausentes en variedad de color. Con el fin de mantener cierta esencia del mundo antes de la catástrofe, los diseños arquitectónicos de nuestro país están inspirados en construcciones de las naciones preguerra. En cada ciudad de Arkos existen edificaciones replicadas a la perfección de sus modelos originales correspondientes. Poblados como Nueva Madrid y Nueva Dubái son réplicas casi exactas de los lugares que les dan nombre.

Automóviles y transportes ecológicos colman las carreteras mientras que aeromóviles y naves de vigilancia del gobierno decoran el cielo en colores negros y metálicos. Aunque el entorno luce sobrecogedor en comparación con las ciudades pobres del país, no es tan tecnológicamente avanzado como quisieran los gobernadores. La Guerra Bacteriológica retrasó un siglo de progreso y, a su vez, salvó al planeta de una extinción inminente. Basta con echar una mirada en los sitios oficiales de historia en la red para comprobar que los humanos de la sociedad preguerra lo destruían todo. Cuando acabó gran parte de la sociedad, acabó también la destrucción.

Parece imposible imaginar que hace siglos la Antártida estaba cubierta de hielo. Según nos cuentan en clases de historia nacional, el calentamiento global, la contaminación y los drásticos cambios climáticos provocaron que el hielo se derritiera cada vez más, lo que causó que el nivel mundial del mar aumentara de manera incontrolable e inundara gran parte de los países bajos del mundo. Los climas de la Tierra no volvieron a ser lo mismo desde entonces. Algunas naciones se volvieron inhabitables a causa de las extremas temperaturas, mientras que el clima antártico dejó de ser tan hostil como en la época antigua.

A pesar del derretimiento, aún existen zonas protegidas en el continente en las que se concentran reservas de hielo antártico, como en el Monte Tyree. Los científicos estiman que, en un siglo más, esto también habrá desaparecido por completo.

A mi alrededor todo es ruido, multitud, anuncios comerciales y propaganda gubernamental. Fotografías de los líderes de Arkos acaparan algunos edificios, con frases bajo ellas que nos recuerdan la benevolencia de nuestros líderes y cómo han logrado crear una sociedad perfecta y controlada. Parte de nuestro deber civil consiste en tener absoluta devoción y respeto hacia ellos y por ningún motivo o circunstancia atrevernos a cuestionar sus sabias y justas decisiones.

Llego a la avenida de atracciones del centro de la ciudad. Las entradas al Museo General se encuentran repletas de gente: un nuevo objeto preguerra es exhibido esta semana. Fue traído por el Cuerpo de Protección tras otra misión de búsqueda en los continentes inhabitables. Hace dos semanas, anunciaron por la prensa que los equipos hallaron un televisor del siglo XX en condiciones óptimas de ser restaurado. Hoy, el artefacto es presentado a los arkanos en total funcionamiento.

El Cuerpo de Protección realiza expediciones a los continentes inhabitables con el propósito de encontrar reliquias y materiales que pudieran ser de utilidad o de atracción en nuestro país. Los miembros de los equipos de expedición son los únicos que pueden atravesar los pilares limítrofes y conocer aquellos lugares tóxicos en los que la humanidad ya no puede habitar. Cuando era un niño inocente y feliz, soñaba con inscribirme en la Academia de Protección después de las reproducciones obligatorias, convertirme en protector y perseguir el sueño de conocer lugares que pocos en nuestro país logran visitar. Ahora, en cambio, le temo tanto al Cuerpo de Protección como me temo a mí mismo.

Las autoridades repudian mi enfermedad. Cuando se enteren de ella, querrán cambiarme.

Y yo los dejaré.

Camino fuera del Teatro Recreacional, en donde son exhibidas películas preguerra encontradas durante las expediciones al exterior. A pesar de tener mala calidad e imagen poco realista, los arkanos admiran los videos de la sociedad pasada como si fuera lo más preciado en el mundo; al igual que las pinturas, las canciones, las fotografías y los libros permitidos por la Cúpula. Todos son tesoros que la sociedad aprecia con fascinación. Me gusta pensar que se aferran a ellos para no dejar morir el mundo preguerra que, según dicen en los foros de la red negra, era mucho mejor que el actual. No sé si creerle a los intranautas y a sus publicaciones atestadas de fantasía o a los archivos oficiales de la gobernación que muestran pruebas verídicas de lo destructiva y oscura que era la sociedad pasada.

Alzo la vista y noto que en lo alto del Teatro Recreacional hay un anuncio holográfico que llama mi atención:

LÍNEA ANTIENTERMEDAD 237:

SI SIENTES LOS SÍNTOMAS DE LA ENFERMEDAD PROHIBIDA O SI SABES
DE ALGÚN HABITANTE INFECTADO, TE RECORDAMOS LLAMAR
AL 237 O ACERCARTE DE INMEDIATO A LA ESTACIÓN DE SEGURIDAD
U HOSPITAL MÁS CERCANO.

AYÚDANOS A PREVENIR, A CURAR Y A COMBATIR ESTA PELIGROSA
ENFERMEDAD.

—GOBIERNO DE ARKOS—.

La Línea Antienfermedad es una línea telefónica que conozco a la perfección. En incontables ocasiones marqué el número en cuestión, pero colgué la llamada segundos antes de pronunciar palabra. Lo más lejos que he llegado con respecto a alertar a las autoridades sobre mi enfermedad ha sido pararme en frente de la Estación de Seguridad de Libertad. Me quedé allí, junto a las escaleras, por más de una hora mientras me debatía entre ingresar o salir corriendo del lugar...

Y corrí como un niño cobarde. El miedo fue el vencedor.

Tras un largo recorrido por el centro de Libertad, llego por fin a los suburbios del oeste. El barrio 14 se extiende a mis alrededores, es el sitio en el que crecí y que abandonaré en un tiempo más.

Me gusta vivir en este lugar. Será difícil dejarlo atrás. En unos meses, Caroline y yo nos mudaremos a una villa ubicada en las afueras de Libertad; los gastos correrán por cuenta de mi futuro suegro, un médico que tiene un puesto de trabajo asegurado para mí en el Departamento Informático de la institución.

Entro en casa minutos después. El interior es sencillo y tradicional en comparación con los hogares de los sectores acomodados de la ciudad. Mis padres prefieren mantener una decoración clásica inspirada en las casas de la sociedad preguerra, sin el uso excesivo de la tecnología ni los colores metálicos que están de moda en Arkos.

Mi madre y Jacob, mi pequeño hermano, están sentados en la estancia frente al televisor. Apenas miran en mi dirección; concentran toda su atención en la pantalla plana de la pared. Mi padre, por su parte, aún no ha llegado del trabajo.

—Hola, ¿qué están viendo? —pregunto.

—Hola, hijo. —Mamá se ve inusualmente preocupada—. Tienes que ver esto.

Me siento en medio de ellos en el sillón y acaricio el cabello de Jacob con cariño. Él, a diferencia de mamá, se muestra indiferente.

—Televisor, sube el volumen y extiende la imagen —ordena mamá.

El detector de voz del televisor obedece el comando al instante.

Imágenes del Congreso de Libertad son transmitidas en el programa informativo del Canal Oficial de Arkos. El titular está escrito en mayúsculas y enmarcado en rojo:

ATENTADO TERRORISTA EN EL CONGRESO DE LIBERTAD

¿Un atentado terrorista? No ocurría uno en años. El gobierno siempre controla los movimientos revolucionarios del país a tiempo, aunque no siempre de la manera adecuada.

Oigo la voz de un reportero en los parlantes del televisor.

—*Repito* —dice—, *informamos que está ocurriendo un atentado terrorista en la azotea del Congreso. Se ha ordenado evacuar la edificación y abandonar las calles aledañas cuanto antes debido a que los terroristas están armados y...*

¡Están armados! Esto no acabará bien.

—...*el Cuerpo de Protección ha rodeado el edificio* —continúa el reportero—. *De ser estrictamente necesario, los protectores abrirán fuego.*

Veo protectores cubiertos de la cabeza a los pies con sus característicos trajes negros antibalas. Portan armas avanzadas del tamaño de una pierna que podrían acabar con los terroristas de un solo disparo. Dos aeronaves rodean el Congreso desde las alturas, como si esperaran el momento indicado para entrar en acción.

Algo sucede en un abrir y cerrar de ojos: cuatro de los terroristas extienden una pancarta en lo alto de la azotea. La tela es lo suficientemente grande para distinguir lo que ha sido escrito en ella:

LA REVOLUCIÓN ES LA RESPUESTA.

¡ABAJO EL GOBIERNO DE ARKOS!

Se oyen disparos. La transmisión es suspendida de inmediato.

—*Volveremos en unos minutos con un meticuloso reportaje sobre lo sucedido en el Congreso de Libertad* —despide el conductor del programa de noticias—. *Gracias por su sintonía.*

Las imágenes de siempre reemplazan al noticiario. Veo los rostros de nuestros líderes y una propaganda gubernamental con música esperanzadora de fondo.

—Televisor, cambia de canal —ordeno.

La transmisión en vivo fue interrumpida en todos los canales. El motivo, probablemente, es que los terroristas han sido silenciados.

—¿Qué es revolución? —inquire Jacob, confundido.

—Nada importante, pequeño. —Se limita a responder nuestra madre con voz temblorosa.

Estoy tan confundido como mi hermano. Me urge saber más sobre lo ocurrido. Creo conocer un medio en el que encontraré información explícita y real: la red negra.

Abandono la estancia y me dirijo a mi habitación.

Aquí voy.

Inicio el procedimiento de siempre: conectar la computadora al dispositivo ilegal antirastreo —el que me regaló Carlos en mi cumpleaños número dieciséis, directamente traído del Sector G—; desactivar el indicador de ubicación, los filtros de contenido seguro y el lector de huellas digitales; activar la función del bloqueo de espías...

Después de varias maniobras, inicio sesión en mi cuenta secreta de la red negra.

USUARIO: LEÓN1303

CONTRASEÑA: JACOB

El nombre de usuario es la unión de mi animal extinto favorito con la fecha de mi cumpleaños: el trece de marzo, mes oficial de los nacimientos obligatorios en el país. La contraseña es poco segura, pero fue lo primero que pensé al momento de crear la cuenta. Jacob es muy importante para mí. Es una de las pocas personas que conozco cuya mentalidad es tan bondadosa e inocente que no es capaz de juzgar a los demás por sus defectos... o por una enfermedad.

Lo primero que hago una vez que ingreso a la red negra es acceder al Noticiero Rojo, mayor fuente de información sobre la contienda nacional. En ella todo es más explícito que en medios oficiales, las noticias no tienen censura y los hechos no son tan distorsionados como en los noticieros y periódicos de Arkos.

La primera publicación que destaca en el portal refiere al ataque terrorista ocurrido hace minutos:

T: ATENTADO_TERRORISTA_CONGRESO.

F: 15 / ABRIL / 2403.

C: Como se habrán enterado mediante la prensa oficial, un «atentado terrorista» ocurrió a las quince horas en el Congreso de Libertad. Las personas ajenas al movimiento opositor merecen saber que no fue un atentado: en realidad, fue una manifestación. Quienes la llevaron a cabo no eran terroristas, eran rebeldes. La finalidad de lo que en un principio apuntaba a ser una manifestación pacífica era entregar un poderoso mensaje revolucionario a la población. En efecto, los rebeldes portaban armas y protecciones varias, pero solo para asegurar un modo de escape y de defensa..., pero fue en vano. Los protectores mataron a sangre fría. Es probable que la prensa informe que fueron los «terroristas» los que abrieron fuego, pero todos sabemos que no fue así. Los protectores dispararon tan rápido que los rebeldes no tuvieron oportunidad de defenderse.

Les hablo ahora de manera personal, no como un simple informante: abran los ojos. El gobierno ha hecho de las suyas por mucho tiempo. Estén atentos, algo importante sucederá

pronto. Los disidentes ya no tenemos miedo. Somos muchos más de los que el gobierno cree y estamos listos para iniciar una ardua rebelión.

Y de ser necesario, una guerra.

La muerte de nuestros compañeros será vengada, ¡haremos caer la Cúpula!

LA REVOLUCIÓN ES LA RESPUESTA.

¡ABAJO EL GOBIERNO DE ARKOS!

Atte.: DragónRojo.

Me alejo de la computadora con temor. ¿Qué acabo de leer? He accedido a información rebelde. Se habla de una guerra, y la mayor parte de la población arkana desconoce lo que sucede. Sin embargo, después de la manifestación ocurrida y de la pancarta exhibida, no será difícil para los civiles adivinar que un levantamiento es inminente.

Cosas peligrosas van a pasar. Y no sé por qué, pero en el fondo, una parte de mí desea que sucedan.

Necesito más y más información.

Deslizo el dedo por la pantalla táctil y leo los comentarios publicados bajo el *post* de DragónRojo. Todos recaen en alabanzas a la manifestación, ira o melancolía por las muertes ocurridas y teorías referentes al gobierno de Arkos. Uno de los tantos comentarios llama mi atención por sobre los demás:

*Espero que los gobernadores caigan de una vez y
que eso que erróneamente llaman «enfermedad prohibida»
sea aceptado por lo que es en realidad:
una orientación sexual normal. —John6895.*

«Una orientación sexual normal». ¿A qué se refiere?

Es absurdo que alguien aprecie la enfermedad prohibida como algo más que una dolencia. Tengo que contactarme con quien sea que haya publicado tal comentario.

Toco su nombre en la pantalla y abro su perfil incógnito. No hay más que un fondo negro como foto de perfil y una descripción en blanco.

Selecciono la opción «enviar mensaje».

Aquí voy...

«Hola».

Pasan varios minutos sin una respuesta de vuelta.

«Hola», responde por fin John6895.

En mi mente revolotean miles de preguntas que podría formular y millones de cosas que podría decir. No sé por dónde empezar. La intriga nubla mi razón.

«¿Por qué dices que la enfermedad prohibida es una orientación sexual normal?» pregunto, directo al grano.

«Porque lo es», responde sin más John6895.

Mis dedos parecen cobrar vida propia. Escriben lo primero que se me ocurre:

«Tengo la enfermedad prohibida».

Me arrepiento al instante. No debí enviar eso. Cualquier persona podría estar del otro lado de la pantalla, desde un espía del gobierno hasta un terrorista. No sé cuál de las dos opciones resultaría peor.

Pasan varios minutos sin una respuesta de regreso. No desví mi atención de la pantalla.

«Yo también» confiesa de pronto la persona del otro lado.

¡John6895 tiene la enfermedad prohibida! Hablo con una persona que padece la misma dolencia que yo. Me urge saber más sobre él, pero no se me ocurre nada que decir. Estoy tan nervioso, perdido, ansioso y anonadado a la vez que mi mente ha quedado en blanco.

«Reunámonos» propone John6895.

¿Reunirnos? No debe hablar en serio.

«¿Estás loco?» inquiero. «No sé quién eres, tampoco sé si eres confiable».

«Yo menos sé si lo eres, pero estoy dispuesto a correr el riesgo. ¿Y tú?».

Llevo mis manos a la cabeza.

Por primera vez, alguien más comparte mi secreto. No estoy solo en el mundo.

Y, por primera vez, me arriesgaré.

«Estaré en el Muelle de Esperanza a las siete de la tarde en punto» le aviso. «Veámonos ahí».

«Hecho, usaré un abrigo de color azul para que puedas reconocerme» informa el desconocido.

Aunque nunca tuve tanto miedo como ahora, no tengo nada que perder. La enfermedad será eliminada de mi cuerpo en solo dos meses y medio. Si reunirme con un extraño de la red negra servirá para descubrir la verdad de lo que soy, tendré que correr el riesgo.

Definitivamente iré a su encuentro.

Las ciudades del país están conectadas mediante un sofisticado sistema subterráneo de metros. Su modernidad es tal que pueden recorrer largas distancias en cuestión de minutos sin que los pasajeros se vean afectados por la rapidez del viaje. Justo ahora me encuentro en la estación subterránea de Libertad. Mi destino es Esperanza, ciudad ubicada en el borde costero de la nación. Es uno de los sectores más pobres de Arkos, pero uno de los más

pacíficos. Me gusta perderme en su bahía cuando necesito escapar de la realidad por unas horas.

Inesperadamente, descubro a Carlos en medio de la estación. A pesar de que la visera de la gorra que he traído me oculta el rostro, él advierte mi presencia de todos modos.

—¡Aaron! —Corre en mi dirección.

—Hola, Carlos. —Esbozo una sonrisa temblorosa.

—¿Qué haces aquí? —Él sonríe también, dejando ver sus dientes relucientes. Su sonrisa es tan encantadora como su cabello castaño y su piel sonrosada.

—Debo hacer un viaje, nada importante. —Trato de esconder mi nerviosismo lo mejor que puedo.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta. Sé que es pura cortesía. Puedo adivinar que tiene planes tan arriesgados como los míos.

—No hace falta, gracias.

¿Sería tan amigable conmigo si supiera lo que siento por él? Ni pensarlo.

—Como sea. —Se encoge de hombros.

—¿Qué te trae por aquí? —inquiero en voz baja. Sé la respuesta antes de oírla.

—Voy de compras al Sector G. —Su voz es apenas un susurro. Gira la cabeza en todas direcciones, como si en realidad le asustara que los protectores lo descubrieran. Carlos podría matar a un civil y el Cuerpo de Protección seguiría protegiéndolo.

—¿Al Sector G? Carlos, debes dejar de frecuentar ese lugar. ¡Sabes lo peligroso que es!

—Lo tengo claro, no hace falta que me lo recuerdes. —Se ríe—. ¿A qué sector te diriges?

—Iré a Andrómeda —miento. No quiero revelarles mi verdadero destino.

El único modo de llegar al Sector G es viajar a través de Esperanza. No hay medio de transporte público que vaya hasta el G y Esperanza es la ciudad más cercana. Una vez en ella, se debe rentar un automóvil o abordar un medio de transporte ilegal con destino al G. Viajar en automóvil desde Libertad a Esperanza implicaría largas horas. Los Scott cuentan con aeromóviles y con pilotos privados, pero Carlos prefiere andar por su cuenta para no ser descubierto por sus padres.

—Bueno, te veo pronto. —Él se despide con otra sonrisa encantadora. Demasiado encantadora.

Me da un cariñoso apretón de manos antes de encaminarse a tomar el metro, lo que me genera un atiborro de sensaciones incómodas. Carlos ha formado parte de mis fantasías durante más tiempo del que me gustaría admitir, pero me aseguraré de que nunca lo descubra. Mejor así.

Minutos después de que el metro de Carlos se pierde en la lejanía, abordo el próximo que se dirige a Esperanza. Me encamino a los mismos asientos de siempre: los del final, junto a la ventana. Aquí puedo estar a solas con mis pensamientos y disfrutar del viaje en silencio.

En lo alto del vagón hay un televisor que transmite el noticiero del Canal Oficial de Arkos, en el que se informan los supuestos detalles de lo sucedido en el Congreso. Tal como vaticinó DragónRojo, los medios aseguran que fueron los rebeldes quienes dispararon primero.

Luego de minutos de falsas informaciones y de agradecimientos al Cuerpo de Protección, el canal regresa a la aburrida programación habitual, lo que me obliga a desviar la mirada.

No veo más que oscuridad e intermitentes focos de luz blanquecina a través de las ventanas. Incapaz de poder distinguir algo en el exterior, dirijo la mirada hacia una pareja sentada unos cuantos asientos adelante del mío. El hombre carga a un bebé en sus brazos; lo levanta una y otra vez entre risas. A pesar del vértigo que ha de sentir el pequeño, este ríe con la misma diversión del que probablemente es su padre. La mujer, que deduzco es la madre, observa la escena con el rostro cargado de una envidiable felicidad.

La imagen de una familia jubilosa y rebosante de amor provoca que una diminuta lágrima escape por uno de mis ojos. Me apresuro a limpiarla con el puño de mi suéter. Pronto podré acceder a la oportunidad de tener una familia tan feliz como esa junto a Caroline.

Quiero que eliminen la enfermedad de mi cuerpo cuanto antes, ser como los demás y vivir en armonía conmigo mismo. Detesto sentir asco de mí. En un tiempo más, todo cambiará: seré curado. Seré normal.

Cuando el metro llega a Esperanza, emergo del subterráneo y la luz del atardecer nubla mi visión por unos segundos. Camino hasta el borde costero de la ciudad, en donde la brisa del mar acaricia mi rostro con delicadeza. Esperanza es también una de las ciudades más deshabitadas de Arkos. Me gusta venir aquí por el silencio y por la soledad que ofrece esta zona, los cuales contrastan con el estruendo y con la muchedumbre de las grandes ciudades.

A unos cincuenta kilómetros de distancia de la orilla, pilares que por poco alcanzan las nubes se alzan desde el mar, cuyo propósito es marcar los límites marítimos y aéreos del país. No tenemos permitido navegar o volar más allá de su perímetro de alcance. Los pilares provocan una especie de electrochoque a cualquier persona que intente atravesarlos por cielo o mar, gracias a un campo magnético invisible que se extiende por cientos de kilómetros a la redonda. Los gobernadores afirman que son el método más efectivo para mantenernos a salvo en la Antártida y evitar que viajemos hacia los continentes inhabitables.

Camino hasta el muelle del balneario, punto de encuentro con el misterioso usuario de la red negra. Mis manos sudan y mis piernas tiemblan. Estoy haciendo algo prohibido. Estoy haciendo algo peligroso. Nunca había sentido tanta adrenalina.

El muelle es de cristal irrompible, por lo que puedo ver el mar a mis pies y mi reflejo sobre él. Empiezo a lucir adulto: mi mandíbula se enmarca, mis pómulos sobresalen y mis facciones dejan de ser las de un adolescente. Mi pelo ha perdido el tono claro que tenía hace años, ahora es de un castaño oscuro similar al de mis ojos. Mi piel blanca luce amarillenta ante el radiante sol del atardecer.

Saco mi teléfono móvil del bolsillo. El reloj marca las siete de la tarde con diez minutos y John6895 aún no aparece.

Esto me da mala espina. ¿Qué hago aquí en primer lugar? Haber venido ha sido una de las decisiones más irracionales que he tomado en la vida. Por otro lado, la enfermedad será exterminada de mi cuerpo en menos de tres meses. Tal vez, antes de que eso suceda, sería

conveniente saber un poco más sobre ella y compartir mis vivencias con una persona que tenga los mismos problemas que yo.

Resuelvo sentarme y esperar. Me acomodo justo en el borde del muelle de cristal aunque sé que cualquier movimiento en falso podría hacerme caer.

Más allá de los pilares solo están el cielo y el mar. Por lo que sé, el continente más próximo a este lugar es Sudamérica y los países más cercanos son Chile y Argentina, ambos completamente despoblados y carentes de vida, como el resto del mundo. Los expertos afirman que los continentes volverán a ser habitables en cien años más, pero siempre existirá la amenaza de un nuevo brote viral que podría extinguir lo poco que queda de la especie humana.

Imagino diversos escenarios en los que mi vida podría basarse de no haber ocurrido la Guerra Bacteriológica. Quizá residiría en algún lugar de América, en una sociedad que no necesitara procrear con urgencia y en donde las personas seríamos libres de tomar nuestras propias decisiones.

La idea suena tan imposible y absurda que me río de mí mismo.

—Hermoso atardecer, ¿no crees? —Una voz masculina irrumpe en el silencio del muelle.

Vuelvo la mirada, me pongo de pie al instante y retrocedo con cautela. Un hombre de estatura alta se sitúa frente a mí a solo un par de metros de distancia. Viste un sombrero oscuro, lentes de sol y un tapaboca. Él advierte mi expresión de miedo y se quita cada una de las prendas que ocultan sus rasgos. Bajo los lentes se hallan dos ojos pardos e intensos que arden ante el sol de la tarde. Una sonrisa se dibuja en sus labios, su calidez inspira cierta confianza. Tiene el pelo alborotado y de un color castaño casi rojizo. Es mucho más grande y robusto que yo; luce unos cuantos años mayor.

La enfermedad prohibida hace lo suyo: este hombre me parece atractivo.

—¿Quién eres? —pregunto con voz trémula y todos los sentidos alerta.

—¿Eres... León? —inquire en respuesta. Mira con precisión en todas direcciones.

No había notado que viste un abrigo de color azul. Es él.

—¿John?

Asiente. Lleva un dedo a los labios.

—Por favor, no hables tan fuerte. Ellos lo oyen todo.

—¿Ellos? ¿A quiénes te refieres?

—¿Y si nos sentamos?

Acepto. Nos acomodamos otra vez en el borde. Nuestros pies cuelgan en el vacío que se forma entre el muelle y el mar.

Estar cerca de otra persona que padece la enfermedad prohibida y que navega en la red negra me produce una mezcla de emociones encontradas que apenas puedo describir. Creo que prevalece el rechazo, pero me recuerdo que él es tan normal como yo...

Bueno, no del todo normal.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunta el desconocido. Posa sus ojos misteriosos en los míos y un fuerte cosquilleo me revuelve el estómago.

—Yo... me llamo León.

—Vamos, tu verdadero nombre. —Me sonrío—. El mío es Bernardo.

Dudo por un largo tiempo. ¿Debería revelar mi nombre? ¿Puedo confiar en él?

Ya estoy aquí. Ya corrí el riesgo.

—Mi nombre es Aaron.

—Es un gusto conocerte, Aaron.

Esbozo una sonrisa en respuesta y un silencio incómodo se adueña del ambiente. Cada vez que intento verlo a la cara acabo desviando la mirada. Por el rabillo del ojo, descubro que él me mira y sonrío con bastante diversión.

—¿Estás nervioso? —inquire.

—¿Qué esperabas? Esto es extraño y novedoso para mí. ¿Por qué escondías tu cara con todas esas prendas?

—Solo precaución. —Se limita a responder—. ¿Por qué no me cuentas un poco sobre ti?

—¿Por qué no me cuentas tú sobre ti? —Enarco una ceja.

Él ríe.

—Como dije, mi nombre es Bernardo. Vivo en... vivo aquí, en Esperanza.

El modo en que duda al revelar su lugar de residencia me hace desconfiar.

—Tengo dieciocho años —continúa.

—¿Dieciocho? No luces como un chico de mi edad. Apostaría que eres mayor.

Bernardo mueve los ojos de izquierda a derecha, lo que incrementa mi desconfianza.

—Las personas suelen decir que me veo mayor, pero tengo dieciocho. —Emite una risa nerviosa—. ¿Qué hay de ti? ¿En dónde vives?

—En Libertad.

Percibo un atisbo de tristeza en su rostro.

—La Gran Ciudad —suspira—. Solía vivir allá.

—¿Solías?

—Me mudé a Esperanza hace un par de años.

—¿Por qué?

—Problemas personales. —No dice más que eso.

La sonrisa retorna a su boca segundos después de otro incómodo silencio.

—Ahora, cuéntame sobre ti —pide—. ¿Tienes pareja?

—Sí. —Asiento sin ningún entusiasmo—. Concebiremos un hijo en las reproducciones obligatorias.

Bernardo mira al horizonte con seriedad. Intenta decir algo, pero prefiere guardar silencio.

—¿Y tú? ¿Tienes pareja?

—No tengo —responde, sin mirarme a la cara.

—Pronto tendrás. Digo, te asignarán una el día de las reproducciones.

—Claro. —Su sonrisa luce más triste que entusiasmada.

—¿No estás feliz? —Frunzo el entrecejo—. Seremos curados. Seremos normales.

Bernardo me mira con desprecio, como si hubiera insultado a su madre o algo parecido.

—Ya somos normales —espetta—. Nunca más vuelvas a creer lo contrario.

Mis manos tiritan ante su reacción inesperada. No somos del todo normales. Él ha de saberlo igual de bien que yo.

—Pero estamos enfermos, eso no es normal —refuto. Me duele reconocerlo, pero es la verdad.

—Aaron, no sabes nada. —Bernardo resopla—. Si tan solo supieras...

—¿Saber qué?

—Nada, olvídalo.

Se instala otro silencio extenso durante el que me atrevo a mirarlo. Estudio sus facciones e intento adivinar sus pensamientos. Por alguna razón, siento que quiere decirme algo importante y determinante, pero no se atreve a hacerlo por obvias razones.

Recuerdo de pronto su comentario bajo el post de DragónRojo. Tengo que consultar al respecto.

—¿Eres un terrorista? —pregunto sin rodeos.

—¿Qué?

—Lo que oíste. Comentaste en la red negra que deseas que los gobernadores caigan.

Bernardo se calla por más segundos de los que me gustaría.

—No, no soy un terrorista —afirma al cabo de un rato.

Miente. Lo sé por la duda en su voz. Lo sé por el tiempo que tardó en responder. Lo sé porque mis instintos me lo dicen.

—Mientes.

Algo cambia en su mirada. Un escalofrío me recorre la espina dorsal. Venir aquí fue una pésima idea.

—No lo hago —asegura.

Sé que ni él mismo cree en sus palabras.

—O me dices la verdad o me largo de aquí. —Me pongo en cuclillas, dispuesto a marcharme de no recibir una respuesta sincera.

—No estoy mintiendo.

Solo la duda delatante en su voz basta para hacer que me ponga de pie y decida volver a casa.

—Lo siento, debo irme. —Me levanto con rapidez, listo para regresar a la seguridad de mi hogar.

—Espera, ¡no te vayas! —Bernardo se para y me agarra de un brazo con tal fuerza que me estremezco.

—¡Suéltame!

—Te diré toda la verdad sobre mí si accedes a acompañarme a un lugar seguro — propone—. Aquí corro mucho peligro.

—¿Por qué corres peligro? —Me tiembla la voz.

—No te lo diré ahora. Si vienes, lo haré. Hay muchas cosas que tienes que saber antes de las reproducciones obligatorias.

Tiene razón: hay cientos de cosas que quiero saber, pero tengo miedo. No confío en él.

—Lo siento, tengo que irme.

La desesperación se refleja en su rostro. Mira en todas direcciones, como si sopesara qué hacer a continuación.

—Me temo que no puedo permitirlo —masculla.

Bernardo ejerce un poco más de presión sobre mi brazo. El pánico me hace sudar. No debí meterme en esto.

—¿Por qué no puedes dejarme ir? —Me atrevo a preguntar.

—No puedo hacerlo sin antes cerciorarme de que podemos confiarnos el uno al otro. Tienes que venir conmigo, Aaron.

—¿Qué vas a hacerme?

—No te haré daño —asegura en un tono demasiado escalofriante—. Por tu bienestar, debes acompañarme. Pronto me lo agradecerás.

—No quiero ir contigo —insisto, desesperado por huir.

—¿Acaso no quieres respuestas?

—Las quiero, pero no de esta forma. Déjame ir.

—Lo siento, pero vienes conmigo. Prometo no hacerte daño; solo quiero hablar en un lugar seguro.

—¿Qué pasa si me rehúso a acompañarte? —pregunto, y no sé si quiero oír la respuesta.

—Tendré que recurrir a medidas extremas. Tú eliges: vienes por las buenas o por las malas.

Analizo mis posibilidades. De resistirme, cualquier cosa podría pasarme. Él es un posible terrorista, lo que lo vuelve peligroso por naturaleza. No tengo más opción que ceder y esperar la oportunidad adecuada para huir.

Bernardo no suelta mi brazo en ningún momento mientras caminamos por la costanera. Me conduce más allá del muelle hasta un automóvil negro que adivino es suyo.

—Entra —ordena tras abrir la puerta del copiloto—. Juro que no voy a herirte, confía en mí.

Estoy tan vulnerable por el miedo que no hago más que obedecer. Quiero creer que en realidad no va a herirme.

Bernardo se sienta en el asiento del conductor. Mantiene un ojo sobre mí en cada uno de nuestros movimientos.

—Automóvil, bloquea las puertas —emite en voz alta.

—*Bloqueando puertas* —anuncia el sistema inteligente del automóvil. Un sonido de clic resuena en cada puerta del vehículo.

—Automóvil, ajusta los cinturones de seguridad del asiento número dos en su máxima presión.

—*Ajustando cinturones de seguridad.*

Los cinturones cruzan mi tórax. Me aprisionan con tanta fuerza que apenas puedo moverme.

—¿Qué demonios haces? —Me muevo entre los cinturones, cada segundo más asustado.

—Debo asegurarme de que no escaparás —responde Bernardo con voz trémula. Debe ser la primera vez que hace algo como esto.

—¡Déjame ir! —le exijo—. ¡Te meterás en graves problemas!

Él me ignora. A unos metros de distancia del muelle, un hombre vestido con ropa deportiva trota por el borde costero. Golpeo el parabrisas lo mejor que puedo y grito en su dirección.

Puedo sentir el pánico en Bernardo, quien saca un objeto de color plateado desde el bolsillo de su abrigo.

—Perdóname por lo que haré, pero no me dejas opción. —Oprime un botón del artefacto y lleva su punta a mi cuello.

Siento electricidad al contacto. Desvanezco lentamente.

Mis párpados pesan.

Todo se vuelve oscuro.

Estoy cayendo dormido...

Estoy siendo secuestrado.

CAPÍTULO 4

ALICIA

La noche ha caído sobre Arkos y aún no tengo señales de mi prometido. Calculo haberlo llamado más de veinte veces, pero no ha contestado. Tengo un mal presentimiento.

Pensar que podría estar en el Sector G poco después de haber ocurrido un atentado terrorista me pone los pelos de punta. Es sabido por todos que los gobernadores sospechan que el G concentra a los grupos terroristas más peligrosos del país y, debido a ello, la tensión entre los opositores y la Cúpula es constante, aunque el poder de los gobernadores es mil veces superior. Por más que los terroristas y criminales del G consiguieran un gran arsenal para un conflicto directo, no tendrían oportunidad alguna contra el gobierno.

El atentado de hoy fue un error indiscutible. Lo único que provocará es que los líderes de la nación excluirán todavía más a los habitantes del Sector G. Según informaron en televisión, el Cuerpo de Protección ya sobrevuela y registra la zona, y no quiero imaginar qué

podría pasar si descubren a Carlos en una posible área terrorista después de un atentado. Esta vez no lo perdonarán como si nada.

¿Le habrá sucedido algo malo? Podría haber muerto. Es una posibilidad un tanto exagerada, pero no imposible si considero que cualquier cosa puede pasar en el G. Cada vez que Carlos se droga o se embriaga, se vuelve prepotente y molesto. He aprendido a lidiar con sus malas actitudes durante el transcurso de nuestra relación, pero la gente del G no cuenta con mi paciencia; ha llegado golpeado y malherido a Athenia en más de diez ocasiones.

Desciendo por las escaleras de mi casa en dirección a la puerta principal, decidida a visitar la mansión Scott e ir en busca de mi prometido. Ruego en mis adentros que esté ahí. Quizá llegó a casa hace horas y cayó dormido apenas entró en su habitación.

Llego a la estancia de mi hogar, está vacía. Mi padre se halla en su estudio, mi madre se encuentra en Libertad junto a mis hermanos en un partido de fútbol virtual y Marta, nuestra criada, está en la cocina. Ella es más una madre para mí de lo que ha sido mi progenitora.

Las mujeres del país tenemos permitido acceder a un empleo o carrera cuando nuestro hijo más joven cumple los siete años. No podemos trabajar o ingresar a la universidad antes de eso. Mi madre comenzó a trabajar en la empresa familiar un día después de mi séptimo cumpleaños; no quiso esperar más. Desde entonces, Marta se convirtió en mi figura materna más próxima. Mamá lo notaba, pero nunca mostró preocupación al respecto. Si ahora es tan cercana a mí se debe solo a mi futuro matrimonio con Carlos y a la alianza entre nuestras familias.

La libertad de mi madre duró poco. Cuatro años después nacieron mis hermanos gemelos: Antonio y Simón. Mamá tuvo que renunciar a su empleo y ocuparse de lleno a las obligaciones del hogar. Los gemelos cumplirán los siete años en un mes, por lo que la libertad de mi madre será restaurada. No obstante, ella no quiere volver a trabajar. Solía estar llena de vida, pero su energía se apagó debido a los problemas con mi padre.

Las cosas entre ambos no están bien. Su matrimonio sigue en pie solo por la precaria situación económica que atraviesa la familia y porque los gemelos aún no son lo suficientemente grandes para entender lo que conlleva e implica un divorcio. No culpo a mis padres por carecer de la capacidad para reparar su matrimonio. Sus libertades les fueron arrebatadas cuando eran muy jóvenes; nunca pudieron disfrutar como es debido. Y yo tampoco podré.

Para mi sorpresa, mi padre me aborda en la puerta principal antes de salir. Viste un traje elegante de color negro que combina a la perfección con su piel pálida y con su barba oscura.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

—A la mansión Scott, voy en busca de Carlos.

—Voy contigo. Jugaré al póquer con Abraham y los demás.

Abraham Scott, padre de Carlos y gobernador del país, ofrece partidas de póquer una vez al mes. Solo los gobernadores y sus amigos de confianza son invitados a participar, y mi padre es uno de los selectos afortunados. Él invierte gran parte de su tiempo intentando impresionar a su exclusivo círculo de amigos, entre quienes los lujos y el poder son lo más importante por sobre el amor o la felicidad.

Salimos de casa y nos encaminamos a la mansión Scott que está ubicada al final de la avenida y en los límites de la villa. Athenia es tan pacífica que podemos caminar por las calles en plena noche sin sentir miedo, está protegida por muros de seguridad electrificados y custodiados por guardias armados hasta los dientes. Gente muy poderosa vive en estas calles.

Nunca me he sentido parte de ellos.

Si bien mi casa es lujosa, la mansión Scott es una especie de palacio preguerra en comparación. La construcción está rodeada por altos muros electrificados similares a los que rodean los límites de Athenia. Hay cámaras inteligentes de vigilancia en cada rincón y guardias de seguridad por todas partes.

«¿Qué está pasando? Hay mucha más seguridad en la mansión que hace días».

—Arroja una piedra sobre la mansión y verás como un rayo láser la desintegrará al instante —bromea papá, tan sorprendido como yo.

—¿Por qué aumentaron la seguridad? Estuve aquí el martes y todo seguía igual que siempre.

—Debe ser por el atentado terrorista del Congreso —deduce—. No puedo esperar para ver cómo incrementarán la seguridad de la Cúpula.

El atentado, por supuesto. Un movimiento terrorista está alzándose. Si el gobierno no logra detenerlos a tiempo, estos asaltarán las casas de los gobernantes. Pensarlo me eriza la piel porque muy pronto la mansión Scott será mi hogar.

Llegamos a la puerta principal. La voz robótica del sistema identificador dactilar de la entrada inicia el procedimiento de siempre.

—*Toque el identificador* —ordena el mecanismo. Hago lo que me indica—. *Usuario reconocido: Alicia Robles. Acceso autorizado. Puede pasar.*

Mi padre repite el proceso. La puerta blindada y metálica se abre de forma automática para ambos. Dos guardias nos reciben en la entrada y nos conducen a las puertas principales de la mansión, en donde otro par de uniformados está de pie. Tanta seguridad me incomoda.

El ama de llaves nos recibe en el interior de la mansión apenas ingresamos.

—Buenas noches, señor y señorita Robles.

—Buenas noches, Sara —saluda papá—. ¿Se encuentra Abraham en casa?

—Llegará en unos minutos. Algunos de los invitados ya están esperándolo en la sala de juegos. ¿Le gustaría que lo lleve hasta ella?

—No es necesario, conozco el camino.

Mi padre se aleja por uno de los pasillos. Sara y yo quedamos a solas.

—Sara, ¿sabe si Carlos está en la mansión? —le pregunto en voz baja.

—No lo he visto por aquí —responde ella en susurros—. Puedo ir a verificar a su habitación si lo desea.

—No se moleste, yo iré. Gracias.

Me adentro en el elevador. Llevo un dedo al panel táctil situado junto a las puertas, toco el indicador del cuarto piso y el cubículo me conduce al pasillo de habitaciones de la familia Scott. Camino hacia el cuarto de Carlos con la ilusa esperanza de encontrarlo dentro. La puerta de la habitación también posee un identificador dactilar.

—*Usuario reconocido: Alicia Robles. Acceso autorizado. Puede pasar.*

Soy la única persona además de Sara en tener acceso a la habitación de Carlos, su mayor refugio. En una de las paredes hay fotografías en 3D de su infancia, de su adolescencia y hasta el presente. En la mayoría de las fotos aparezco junto a él. Fui su fiel compañía y escape de la absorbente realidad en la que crecimos. Él lloraba sobre mi hombro con frecuencia, abrumado por la presión y por el vacío que sentía por ser hijo de un gobernador y un futuro líder del país.

Arkos es una poliarquía liderada por hombres, cada uno de ellos cumple una función específica. Como los puestos en la gobernación son hereditarios, los hijos de los gobernadores son instruidos desde niños para efectuar su cargo correspondiente a futuro. El padre de Carlos es el vocero de gobierno: su función consiste en ser la imagen y la voz de los líderes. Tiene gran influencia en la toma de decisiones en la Cúpula. En el futuro, cuando él muera o ya no esté capacitado para seguir a cargo, Carlos tomará su lugar.

Tal como imaginaba, mi prometido no está en su habitación. Quiero creer que se encuentra en Libertad o en cualquier lugar lejano al Sector G. Me siento sobre su cama —en la que hemos compartido uno que otro momento íntimo— y saco mi teléfono celular del bolsillo.

—Llamar a Carlos —ordeno. El teléfono detecta el comando.

—*Lo siento, Alicia. Carlos no tiene su teléfono móvil encendido* —anuncia la voz inteligente del dispositivo—. *Vuelve a intentarlo en unos minutos.*

¡Todavía apagado! Voy a matarlo.

Le envió un mensaje de voz.

—Carlos, estoy en tu casa. ¿Dónde estás? Regresa apenas escuches este mensaje. Te advierto que, si no estás muerto, yo misma te mataré cuando vuelvas.

Salgo de la habitación y me topo con la señora Scott en el pasillo. Luce tan elegante y jovial como de costumbre; viste ropas costosas y trae maquillaje sutil. No hay arrugas ni marcas de edad en su cara. Se ha sometido a tantas cirugías faciales y corporales que no se ve como una mujer que bordea los cuarenta años.

—¡Alicia! Te estaba buscando. —Me sonrío. No veo imperfecciones en su rostro al hacerlo—. ¿Dónde está Carlos? Sara me dijo que llegaste sin él.

—Así es, él... —Pienso en alguna mentira convincente—.

Él está de compras en Libertad. Acabamos de hablar por teléfono. Me dijo que viene en camino, y ya sabe lo terrible que es el tráfico terrestre a esta hora.

Por más que intento sonar convincente, puedo adivinar que ella no se traga mi mentira. Conoce a su hijo como a la palma de su mano; sin embargo, prefiere vivir engañada. Sabe de todos los problemas de Carlos, pero es demasiado obstinada para hacer algo al respecto.

—¡Y que lo digas! —Emite una risa forzada—. De no ser por el aeromóvil, me tomaría años regresar a casa desde el hospital. A propósito, ¿cómo te encuentras para el día de las reproducciones sexuales? ¿Preparada?

¿Preparada? No lo estoy, pero no voy a confesárselo. Por una parte, quiero que el día de las reproducciones obligatorias llegue cuanto antes, para acabar de una vez con la eterna espera del momento en que mi libertad sea sepultada y no tener que preocuparme tanto del futuro o esperar una oportunidad que venga a cambiarlo todo. Por otro lado, espero que ese día nunca llegue.

—Estoy lista para cumplir con mi deber civil —miento. Esbozo una sonrisa.

—Me hace muy feliz oírlo. —Ella sonríe también—. Ya eres parte de esta familia, Alicia. No puedo esperar a que mi nieto esté entre nosotros. ¡Serás la mejor madre del mundo!

Mis ojos se cristalizan al pensar en mi futuro bebé. ¿Podré ser la madre que aquella criatura necesitará? ¿Podré quererlo incluso si fui obligada a concebirlo? Aunque me negara a pensar que podría ser una mala madre, la posibilidad siempre estará.

Me aterra imaginar que podría ser como Cassandra Scott o como mi propia madre.

—Señora Scott, si no le importa, llamaré a Carlos de nuevo.

—Adelante, no te quito más tiempo. Y ya sabes: si necesitas consejos, apoyo o información sobre el día de las reproducciones sexuales, aquí estaré para ti.

—Muchas gracias.

La señora Scott entra en su cuarto y yo me encamino de regreso al elevador con intención de salir a los jardines traseros de la mansión. Necesito un poco de aire fresco.

En el exterior, me siento sobre una de las fuentes de agua situadas en medio del extenso y bien cuidado jardín. Algunas gotas heladas salpican sobre mi cabello, pero no me importa mojarme. A mi alrededor hay árboles, plantas artificiales, cámaras de vigilancia y guardias de seguridad. Algunos me ven y sonríen al pasar, otros ignoran por completo mi presencia. Están ensimismados en cumplir su propósito: proteger la mansión.

Olvido por un momento lo que sucede en mi vida y miro el cielo. Intento captar alguna estrella más allá del halo de luz proveniente de Libertad, pero resulta complicado. Incluso la luna es difícil de ver con la iluminación de la gran ciudad.

Diviso solo una estrella. Algunos mitos de la sociedad pasada aseguraban que las estrellas podían cumplir anhelos inmateriales, siempre y cuando fueran deseados con todas las fuerzas posibles. Si bien soy un poco escéptica al respecto, nunca está de más intentar.

Cierro los ojos y pronuncio las palabras en mi mente:

«Deseo ser feliz».

El teléfono vibra en mis manos minutos después de pedir el deseo, es una llamada de Carlos. Bajo su nombre, las palabras «llamada privada» aparecen en la pantalla. ¿Cómo ha hecho eso?

—¡Por fin! —exclamo al contestar—. ¿Dónde diablos te metiste?

—¿Alicia? —Oigo una voz masculina desde el otro lado. Su tono es diferente al de Carlos.

—¿Quién eres? —pregunto, asustada—. ¿Dónde está Carlos?

—*Mi nombre es... Cristián* —anuncia el sujeto—. *Verás, encontré inconsciente al futuro gobernador en medio de una calle del Sector G. Lo traje a mi casa, cargué la batería de su móvil y llamé al último número registrado, que es el tuyo. Creo que deberías venir por él al G, no quiero meterme en líos.*

Debe estar bromeando. No puedo ir al Sector G... tampoco dejar a Carlos en casa de un extraño.

—¿*Sigues ahí?* —inquire Cristián.

—Sí, aquí estoy. Envíame tu ubicación, iré por él.

—*Acabo de enviarla. Te estaré esperando.*

El teléfono emite un sonido apenas recibe la ubicación. Corto la llamada del desconocido y disco el número de la única persona confiable que podría ayudarme: Aaron.

—*Lo siento, Alicia. Aaron no tiene su teléfono móvil encendido. Vuelve a intentarlo en unos minutos.*

Qué extraño, él no suele apagarlo. Supongo que tendré que enfrentar esto sola.

Me interno en la mansión y me dirijo a la salida. Finjo mi mejor expresión casual. Si el señor Scott se entera de que Carlos está inconsciente en el Sector G, mi prometido se meterá en graves problemas. Puede que lo encierren en algún sanatorio de Arkos, y lo que menos quisiera en el futuro es tener un esposo ausente.

Por desgracia, me topo con el gobernador Scott en el vestíbulo principal de la mansión.

—Buenas noches, señor Scott. —Inclino la cabeza a modo de saludo.

—Buenas noches, Alicia. Me alegro de verte.

Su voz siempre me ha sonado intimidante. A pesar de que es casi veinte años mayor que yo, luce tan galante y jovial como Carlos. Pensar que tengo en frente a uno de los encargados de hacer cumplir el sistema de reproducción obligatoria me produce un inevitable rechazo. Él será mi suegro en el futuro, y aún no logro confiar del todo en sus discutibles actitudes.

—¿Vas de salida? —pregunta—. Creí que pasarías la noche con Carlos.

—Él está de compras en Libertad, nos encontraremos allí. Señor Scott, ¿podría alguno de sus pilotos llevarme a la ciudad en aeromóvil?

—Claro. José está en la entrada, dile que le he ordenado llevarte a donde sea que vayas.

—Muchas gracias. —Sonrío con timidez.

El señor Scott es de ese tipo de personas capaces de intimidar solamente con la mirada. Percibo que esconde maldad y ambición bajo su faceta de hombre carismático. Pasar tanto tiempo con esta familia me ha servido para descubrir verdades que los demás habitantes de la nación ni siquiera imaginan.

Recuerdo el atentado de hace horas en el Congreso. Aprovecho el encuentro con el gobernador para preguntar al respecto.

—Señor Scott, quería saber...

—Alicia, ya te he dicho que puedes llamarme Abraham —interrumpe—. Tienes la mayoría de edad, y pronto seré tu suegro.

—Disculpe, se... Abraham. Aún no me acostumbro.

—Ya lo harás. —Me sonrío con lo que adivino como malicia—. ¿Qué es lo que deseas saber?

—Quiero saber sobre el atentado del Congreso.

La expresión cordial de su rostro se esfuma en un parpadeo.

—Todo está bajo control —afirma—. No hay nada de qué preocuparse.

—No quiero sonar pesimista, pero no ocurrían atentados terroristas desde hace más de diez años. Me preocupa que vengan más preparados que antes.

—Si pudimos controlarlos entonces, ¿qué te hace pensar que no lo haremos ahora? —Enarca una ceja—. Alicia, nuestro gobierno puede controlarlo todo. Confía en tus gobernadores. Podemos ser un poco duros y crueles en el acto, pero la seguridad de nuestro país es lo primordial para nosotros. Haremos lo que esté a nuestro alcance con el fin de mantener la paz en la nación, así tengamos que usar la fuerza extrema.

«La fuerza extrema». No me gusta el tono con el que pronuncia esas palabras.

—Si me disculpas, hay un grupo de caballeros esperándome en la sala de juegos —dice con una sonrisa obviamente forzada—. Te veré luego.

Me guiña un ojo y se pierde en el pasillo. Me siento intimidada a más no poder. Desearía no tener relación alguna con él.

Nunca podré confiar en Abraham Scott.

—Llévame a Esperanza, por favor.

José, chofer y piloto de la familia Scott, realiza unos cuantos ajustes en el aeromóvil antes de despegar.

—¿A Esperanza? —inquieta, ceñudo—. Con todo respeto, ¿no cree que es tarde para viajar tan lejos a solas?

—No te preocupes, tengo amigos esperándome. —Intento sonar convincente—. Carlos también estará. Tú sabes: fiesta en la costa, cosas de jóvenes.

—Entiendo. —José ríe y eleva el aeromóvil.

Abandonamos los campos cercanos a Athenia y sobrevolamos Libertad. La gran Ciudad se ve mucho más impresionante desde las alturas que en tierra. Las luces de los edificios y de

los rascacielos lo iluminan todo en cientos de colores brillantes y de neón, y algunas de las edificaciones poseen gigantescas proyecciones holográficas y en 3D que muestran anuncios de empresas, de corporaciones y de productos varios.

Hay algunas aeronaves volando por el cielo nocturno. A diferencia del día, la noche arkana es colorida y pintoresca. No obstante, con las decenas de patrullas protectoras que vigilan, que controlan y que recorren las calles, casi nadie sale de sus casas por la noche. El último toque de queda fue revocado hace siete años y, como nadie quiere uno nuevo, la gente en nuestro país opta por salir en secreto o en situaciones de extrema urgencia.

Esta es una situación urgente. Tengo que ir por Carlos antes de que se meta en el peor embrollo de su vida.

Desde las alturas de Libertad puedo verlo todo: las casas de los suburbios, los edificios alrededor del Central Park —inspirado en aquel parque de la nación preguerra llamada Estados Unidos, y una de las pocas áreas de la ciudad con árboles reales en gran cantidad—, la torre Arkana, el Hospital General, la aterradora prisión de Libertad y muchos otros puntos clave de la ciudad, así como la edificación que más destaca entre todas: la Cúpula.

La casa de gobierno de la nación se alza en el centro de la capital. Su estructura y su arquitectura son las más complejas e innovadoras de Arkos, y la construcción es tan grande que podría caber una innumerable cantidad de casas en su terreno. La seguridad del lugar es exagerada en comparación con la mansión Scott: drones de vigilancia vuelan de un lado a otro, asentamientos militares de los protectores rodean las entradas y una torre de control vigila y controla cada espacio desde las alturas. No hay modo de hacer caer la Cúpula. No hay modo de que los terroristas puedan vencer a los gobernadores.

José aplica mayor velocidad al salir del espacio aéreo de Libertad.

—Estaremos en Esperanza en media hora —anuncia.

Contemplo por la ventana cada una de las ciudades a nuestros pies: Andrómeda, Nueva Madrid, Unión... En diferentes circunstancias, este sería un viaje fantástico. Estoy demasiado tensa para disfrutarlo.

¿Cómo llegaré al G? Si bien cuento con la ubicación que me envió Cristián, no me atrevo a ir sola. Podría pedirle a José que me lleve, pero me delataría con Abraham al regresar a la mansión. No puedo correr más riesgos de los que ya estoy corriendo.

Diviso el mar a la distancia. Nos acercamos a Esperanza. A diferencia de Libertad y de otras grandes ciudades, no hay rascacielos ahí. Los edificios son pequeños, las casas son sencillas y las calles carecen de iluminación en exceso. No suelo recorrer dicha ciudad. Las pocas veces que la he visitado han sido en compañía de Aaron, quien ama Esperanza de una forma inefable.

—¿En dónde quiere aterrizar? —me pregunta José.

—En el borde costero.

Descendemos cerca del muelle. La costa de Esperanza no es tan navegada o explotada como las bahías de Nueva Dubái o de Cenit, en donde el mar es la mayor atracción turística y la gente rica sale por las noches sin miedo a los protectores.

—Ya puedes irte, José —le digo al bajar del aeromóvil—. Llamaré a mis amigos y les pediré que pasen por mí.

—¿Está segura? ¿No prefiere que me quede con usted hasta que ellos lleguen?

—No es necesario, se encuentran cerca. —Sonríó lo mejor que puedo para persuadirlo.

—Bien. —Me mira a ojos entrecerrados—. Si presenta algún contratiempo, no dude en llamarme.

—Lo haré. Muchas gracias, José.

El aeromóvil se aleja por el cielo nocturno y quedo a solas en medio del balneario. Hay algunas personas alrededor, pero pronto se habrán ido. Todos los locales están cerrando y apenas hay cámaras de vigilancia aquí en comparación con el resto de las ciudades del país.

Estoy sola y tengo frío. Tengo miedo.

Carlos va a pagar por esto.

Camino por las calles en busca de alguna estación de transporte público. Debí pedirle a José que me dejara en una. Es una suerte que no haya traído un bolso conmigo, o sería blanco fácil para los ladrones. Lo único que traigo es mi teléfono móvil.

Miro en todas direcciones al caminar. No he visto a nadie con actitud sospechosa, pero la paranoia siempre está presente. Una aeronave aparece en el cielo, porta un cartel informativo con un mensaje de letras fluorescentes:

77 DÍAS PARA LA REPRODUCCIÓN OBLIGATORIA

Genial, como si necesitara que me lo recuerden.

La adrenalina de caminar por calles solitarias en plena noche me ayuda a pasar el frío. Siento bastante miedo, pero me armo del valor suficiente para seguir adelante.

Llego finalmente a la estación de transporte. Abordo el primer taxi terrestre que encuentro en el lugar, ruego pasar desapercibida.

—Hola —saluda la conductora. Su nombre es Vanessa, o así lo informa su placa de identificación. Luce de unos cuarenta y tantos años; su cara inspira cierta confianza—. ¿Destino?

Por su rostro inexpresivo, sin una pizca de asombro, infiero que ella no me ha reconocido. No sabe que pronto seré Alicia Scott. Podré revelar mi destino sin miedo a ser delatada.

Acerco mi teléfono al dispositivo GPS del automóvil, el que debería reconocer y registrar al instante la ubicación que me envió Cristián desde el Sector G.

—*Ubicación no detectada* —anuncia la voz femenina del dispositivo.

No puede ser. Lo olvidé por completo: el Sector G no figura en los sistemas legales de ubicación.

—¿Adónde te diriges? —inquire la conductora.

—Yo... verá, yo... voy al Sector G.

—Lo siento, no puedo llevarte —espeta de inmediato—. Ningún medio de transporte legal va hasta allá.

—Por favor, es una emergencia. —Le ruego con la mirada—. Puedo pagarle mucho dinero si decide llevarme.

—Perdón, no puedo hacerlo.

—Le pagaré mil dólares —ofrezco en un acto de desesperación.

Los ojos de la mujer se abren al máximo.

—Está bien —asiente luego de pensarlo por algunos segundos—, pero págame ahora.

Acerco el teléfono al dispositivo de pago. Selecciono el monto acordado y toco la pantalla táctil en la opción «validar transacción». Me apena gastar tal cantidad de dinero, más con la precaria situación económica que atraviesa mi familia, pero lo más importante ahora es ir por Carlos.

Los libros virtuales de historia cuentan que, en la sociedad antigua, el mundo usaba billetes de papel y monedas de metal, y había cientos de variedades en cada continente. En Arkos el dinero es completamente electrónico y el dólar es nuestra única moneda. Los sistemas de seguridad bancaria en línea son más eficientes que hace siglos, por lo que no hay necesidad de usar dinero físico. Los criminales más inteligentes de la nación son los únicos que pueden hackear cuentas virtuales. Los teléfonos móviles personales son el principal sistema de pago, y estos no pueden ser hurtados. Su inteligencia artificial es tal que se autodestruyen ante un robo y desactivan todas las cuentas del propietario hasta que este obtiene un nuevo teléfono. Es mejor que usar billetes o monedas físicas.

Vanessa arranca el automóvil. Todo se vuelve oscuro y solitario a medida que avanzamos por la ciudad en dirección al G.

—Podría ser despedida por esto —gruñe la conductora—. Debes tener un motivo más que urgente para ir al G. No luces como una chica de ese lugar.

Es una suerte que ella no me reconozca. Como todavía no me caso con Carlos, no soy tan famosa como él. Le he pedido que ordenase proteger mi identidad ante la prensa y la población y, hasta ahora, lo ha hecho de maravilla. Aunque mi nombre ya suena en varias ciudades del país, mi aspecto sigue siendo desconocido para muchos.

—¿Qué le hace pensar que no soy del G? —Finjo expresión ofendida.

—Es cosa de ver la ropa que traes puesta. —Vanessa ríe con sorna—. Seguro eres una niña rica de Libertad, de Andrómeda o de Nueva Dubái.

Guardo silencio. De cualquier modo, ella tiene razón. No soy más que una chica de Athenia con mejor suerte que los civiles de los sectores pobres del país. Incluso con una familia al borde de la quiebra, seré la esposa de un gobernador y formaré parte de una de las dinastías más poderosas de Arkos. Seré Alicia Scott. A muchas mujeres les gustaría estar en mi lugar...

Por mi parte, todo lo que quiero es una vida diferente.

Nos alejamos de los límites de Esperanza. La carretera por la que viajamos no está pavimentada; nos movemos por un camino de tierra. Un letrero de advertencia lleno de insultos y garabatos hechos con aerosol de neón se alza a un costado del camino:

PRECAUCIÓN: SECTOR G A CINCO KILÓMETROS DE DISTANCIA

Muerdo mis labios con tanta fuerza que podría herirlos. Me repito una y otra vez que esto es una pésima idea, pero ya es tarde para retractarse.

Luces provenientes de lo que parece ser una ciudad iluminan el cielo a la distancia: estamos llegando al G. No sabía que tenían iluminación en las calles; saberlo me relaja un poco. Una valla metálica se extiende al final del camino, y en medio de esta se halla un agujero que deduzco es una entrada. Más allá de la valla veo edificios y construcciones destartaladas que parecen estar al borde del derrumbe. Las calles lucen sucias, hay basura amontonada en algunos rincones y vagabundos que rodean fogatas encendidas en barriles metálicos. Hay postes de luz pálida en ciertos tramos de las calles, pero en vez de iluminar y de ofrecer un ambiente menos lúgubre, brindan al entorno un aspecto aterrador.

—Hasta aquí llego —anuncia Vanessa.

—¿Qué? Se supone que debe dejarme en el lugar que le pedí, para eso le pagué —le recuerdo, asustada.

—Me pediste que te trajera al G y eso es lo que hice.

—No puede dejarme aquí, quién sabe lo que podría pasarme. Por favor, lléveme a la ubicación exacta que indica el teléfono.

—Tu teléfono no detecta la ubicación, niña. Aquí te dejo.

—¡No puede hacerme esto! Le daré más dinero si eso es lo que quiere. —Acercó mi teléfono al dispositivo de pago para que ella note que mi oferta va en serio.

—No entraré ahí. O bajas por tu cuenta o te obligaré a bajar.

Mi orgullo supera al miedo.

—No crea que esto quedará así —amenazo—. Voy a denunciarla con las autoridades.

—Veremos quién tiene más problemas. —Ella ríe—: Yo por negarme a entrar al G o tú por sobornarme para que lo haga.

Me decido a bajar de una buena vez, completamente rendida. La conductora se carcajea a todo pulmón mientras descendo.

Esta vez no solo estoy a solas en medio de un lugar peligroso, sino que ni siquiera sé adónde ir.

Marco el número de Carlos en mi teléfono.

—¿Dónde estás? —pregunta Cristián, el desconocido que cuida a mi futuro esposo.

—Estoy en las afueras del Sector G. No sé dónde vives. ¿Podrías venir por mí?

—Creí haberte enviado la ubicación.

—Lo hiciste, pero mi teléfono no la detecta.

—Rayos —resopla—. *Creo que pasé por alto que tu teléfono no está modificado.*

—¿Modificado?

—Eso no importa ahora. ¿En cuál de las entradas te encuentras?

—¿Hay más de una? —pregunto. Oigo su risa en el auricular—. ¿Qué es tan gracioso?

—Nada, olvídalo. Solo dime qué ves.

—Déjame ver... —Busco alguna referencia—. Veo un edificio partido por la mitad a la distancia, otro intacto con letreros de neón a medio encender y...

—*Quédate donde estás* —interrumpe—, *iré por ti enseguida*.

—¡Espera!

Cristián corta la llamada. Desearía que no lo hubiera hecho; me siento insegura en estos momentos. Puedo defenderme sola, pero los nervios podrían jugarme una mala pasada en un lugar tan tétrico como este.

Un grupo de hombres me mira a la distancia. Murmuran y ríen sin despegar sus ojos de mí, aumentando mis temores. Si bien deseo que Cristián me encuentre cuanto antes, no sé por qué espero su llegada. ¿Qué me hace pensar que es confiable? ¿Cómo saber si rescató a Carlos y no lo secuestró en realidad? Quizá todo es parte de una trampa o de una emboscada. Estoy metida en un gran lío y no tengo idea de cómo salir de él.

Llamo una vez más a Aaron, urgida por oír la voz de un ser querido. De nuevo, su teléfono móvil figura como apagado.

—Aaron, llámame cuando escuches esto —susurro en un mensaje de voz—. Tengo mucho que contarte.

Una voz masculina irrumpe en el silencio de las afueras del G.

—¿Qué hace una chica tan linda como tú en un lugar como este?

Uno de los hombres que se burlaba a la distancia se acerca a mí. Es alto y fornido, viste ropas y botas negras, tiene tatuajes 3D en un brazo y guantes de cuero. Otros dos hombres caminan tras él, ambos de aspecto similar. Los tres se aproximan a mí como depredadores acechando una presa. Intento retroceder y alejarme de ellos, pero tres hombres más me rodean por detrás.

Estoy acorralada.

—Parece que tiene miedo. —El hombre de los tatuajes se burla de mí. Sus acompañantes ríen con él—. Tranquila, no te haremos daño... a menos que tú quieras que lo hagamos.

—Aléjense de mí —exijo a viva voz y me pongo en guardia.

—¿O qué? —desafía uno de los hombres—. ¿Llamarás a tus queridos protectores? Me temo que no vendrán a salvarte.

Me estremezco. El sujeto de los tatuajes acerca su nariz a mi cuello.

—Hueles bien —susurra mientras recorre mi piel.

Un hedor repugnante a licor y a cigarrillo invade mis fosas nasales. Siento la bilis subiendo por mi garganta y la ira hirviendo mi sangre.

Hace un par de años, durante la instrucción de Carlos para ser gobernador, me inscribí en las clases de defensa personal para principiantes en el Cuerpo de Protección, en las que aprendí a reaccionar con éxito a situaciones de extremo peligro. Mi instructor solía decirme que, en caso de ser rodeada por terroristas o asaltantes, lo mejor que podía hacer era evitar la resistencia y no intentar nada apresurado hasta tener la oportunidad adecuada para atacar o para escapar.

No hago movimiento alguno. A duras penas respiro. Dejo que el hombre de los tatuajes acaricie mi cara y acerque su nariz a escasos centímetros de la mía. Finjo una sensual sonrisa y clavo mis ojos en los suyos.

—No había notado lo atractivo que eras. —Me esfuerzo en adularlo a pesar del asco que siento.

—Creo que no se hará la difícil —anuncia el hombre al resto del grupo. Desvía la mirada hacia sus acompañantes—. Tendremos una noche muy divertida...

Al advertir que baja la guardia, golpeo su entrepierna con mi rodilla. Él se agacha a causa del dolor, así que aprovecho su descuido para darle un rodillazo en el rostro. El hombre cae sobre la tierra entre alaridos. Otro se acerca a mí para intentar embestirme, pero esquivo sus manos con agilidad y repito la maniobra: golpeo su entrepierna y su cara con la mayor de mis fuerzas. Lo hago caer tal como su amigo.

La furia es evidente en los rostros de mis oponentes, pero no tengo miedo. Puedo con ellos. No dejaré que me toquen.

Al arremeter contra el tercero, algo metálico golpea mi cabeza por detrás con tanta fuerza que podría romperme el cráneo.

Caigo al suelo. El dolor de la contusión se torna insoportable; me cuesta permanecer despierta. Uno de los hombres me agarra de las muñecas y los demás tocan cada parte de mi cuerpo por sobre y debajo de la ropa. No tengo fuerzas suficientes para resistirme. Las pocas energías que me restan las uso para gritar y para rogar por auxilio, pero una mano enguantada cubre mi boca y me dificulta incluso respirar.

Lágrimas nublan mi visión. Nunca pasó por mi mente que experimentaría algo tan grotesco como esto: van a abusar de mí.

Cuando ya estoy resignada a lo que sucederá, un extraño entra en escena. Apenas puedo ver sus rasgos en medio de la oscuridad del ambiente y con la inestabilidad de mi cerebro.

Un ruido eléctrico zumba en mis oídos. Lo único que logro ver es que mis asaltantes caen al suelo.

Tras acabar con el grupo de hombres, el desconocido me extiende una mano. La tomo. No logro ver su rostro con nitidez.

—¿Puedes caminar? —inquire. Su voz me resulta familiar.

Caigo al instante en que intento ponerme de pie, aún aturdida por el golpe de hace minutos. El chico me toma en sus brazos, lo que me incomoda y me alivia al mismo tiempo.

—¿Quién eres? —pregunto en respuesta. Me esfuerzo por ver su rostro entre tanta penumbra y nebulosidad.

—Soy Cristián.

Es lo último que oigo antes de que todo se vaya a negro.

CAPÍTULO 5

AARON

Abro los ojos. El aturdimiento apenas me permite recordar mi nombre. Al intentar incorporarme, descubro que he sido atado de manos y de pies. Trato de mirar a mi alrededor, pero hay tan poca luz que no logro ver casi nada. Solo comprendo que estoy recostado sobre una cama en medio de una habitación desconocida.

Mis recuerdos retornan y la realidad me despabila con brusquedad: fui secuestrado en Esperanza.

Entro en pánico. Aunque mi boca está descubierta, no clamo por auxilio porque hacerlo solo alertaría a mi secuestrador. Muevo mis manos entre las cuerdas, desesperado por liberarlas de su agarre. Mis muñecas arden, pero no me detengo. La sogas quema sobre mi piel, no me importa en lo absoluto. Debo salir de aquí antes de que algo peor suceda conmigo.

No logro liberar mis muñecas. Con los pies corro mejor suerte y, luego de varios minutos forcejeando, los amarres aflojan y caen. Me pongo de pie con sigilo, decidido a explorar la habitación y a encontrar algún objeto que corte la cuerda de mis manos.

La luz en el cuarto es mínima. Una de las pocas cosas que logro vislumbrar es una fotografía digital pegada en una pared de la habitación. Distingo algunas formas en ella: son personas. Creo que es una foto familiar, uno de los rostros corresponde al de mi captor.

A unos centímetros de distancia de la foto hay un dibujo digital hecho por un niño. Diviso en el boceto una figura humana de porte alto y cabello alborotado junto a otra más pequeña de formas infantiles. Ambos estrechan la mano del otro y tienen sonrisas en el rostro. Un enorme corazón pintado de rojo se sitúa en medio de ambas figuras.

«Para mi querido hermano David», leo en una frase bajo el dibujo.

Si no me equivoco, la figura más alta corresponde al secuestrador, por lo que su verdadero nombre sería David y no Bernardo, como dijo al presentarnos en el muelle de cristal. Debí adivinar que mentía.

Alejo la mirada de las imágenes y continúo la búsqueda. Merodeo por todo el cuarto. Hay un armario blanco en una esquina, las puertas están aseguradas con un sofisticado sistema de bloqueo. No existe modo de abrirlo sin la combinación requerida y, aunque la tuviera, no habría mucho que pudiera hacer con las manos atadas por detrás.

En vez de seguir buscando en vano, me acerco a la ventana. Esta tiene gruesas persianas de acero por cuyas rendijas se filtran delgadas líneas de luz artificial. Me encuentro en la segunda planta de una casa ubicada en medio de una ciudad que no reconozco, es de noche y hay niños de ropas sucias y maltratadas jugando con un balón desgastado a la distancia. Las casas de los alrededores no se comparan con las de Libertad, se ven precarias y descuidadas. No sé en dónde estoy, pero definitivamente esto no es Esperanza.

El balón de los niños rueda cerca de la casa en la que estoy cautivo. Uno de los pequeños corre en su búsqueda. Mientras él se acerca, escucho pasos fuera del cuarto. Me pongo a gritar

antes de que el secuestrador ingrese en la habitación. El niño que corre tras el balón mira en todas direcciones, pero no logra detectar de dónde provienen los gritos.

La puerta del cuarto se abre de golpe.

—¿Qué haces? —pregunta el secuestrador al entrar—. ¡No grites!

Ignoro su petición y continúo llamando por ayuda a viva voz. Mi captor me empuja de vuelta contra la cama, se lanza sobre mí y cubre mi boca con sus manos. Me esfuerzo por intentar golpearlo con las piernas, pero su peso me somete por completo.

—¡Deja de gritar! —insiste él.

Me muevo lo mejor que puedo. Lucho por quitármelo de encima y emitir algún sonido que pueda ser oído en el exterior.

—Si no te tranquilizas, tendré que dormirte otra vez. —Él saca de su bolsillo el objeto plateado que me dejó inconsciente hace horas. Este emite un ruido eléctrico que me eriza la piel con solo escucharlo.

Decido guardar silencio y no oponer resistencia.

—¿Gritarás otra vez? —inquire.

Niego con la cabeza.

Bernardo —o David, sea cual sea su nombre— quita su mano de mi boca con lentitud. Nuestra proximidad me incomoda de mil maneras. Su cara está justo en frente de la mía y siento su respiración de cerca, lo que me acalora e inquieta al mismo tiempo.

—¡Quítate! —le exijo.

Él se pone de pie. Me apunta con el objeto en todo momento.

—¿Qué rayos es eso? —pregunto.

—Es... es un aturdidor eléctrico. Como su nombre lo indica, sirve para provocar un efecto de aturdimiento que puede...

—Ya sé para qué sirve —interrumpo—. Lo aprendí cuando me pusiste esa mierda en el cuello, Bernardo. ¿O debería llamarte David?

Apunto con la cabeza al dibujo de la pared. Mi captor lleva una mano a sus ojos y se lamenta por su error.

—Sabía que tenía que quitar ese dibujo —resopla—. En efecto, mi nombre es David.

—¿Dónde estoy? ¿Vas a matarme?

—¿Matarte? —Ríe—. No seas ridículo, no soy un asesino.

—Pero sí un secuestrador, y haré que te pudras en prisión por raptarme.

Puedo notar con la escasa luz de la habitación que David se ha estremecido.

—Perdóname por secuestrarte —implora—. No quería que las cosas iniciaran de este modo. Cuando me di cuenta de lo que hacía, ya estabas atado sobre mi cama. Juro que no soy una mala persona.

—Por supuesto que te perdono. —Finjo voz compasiva—. Es más, debería agradecerte.

—¿Agradecerme?

—¡Claro! Siempre quise ser secuestrado, se siente increíble. Vamos, hazme dormir otra vez. Fue mi parte favorita.

—Como quieras —asiente en tono de burla y acerca el aturdidor eléctrico a mi cuello.

—¡Alto, no lo hagas!

David ríe como si esta situación fuese de lo más divertida.

—¿Por qué te ríes? —pregunto, enfadado.

—Porque en vez de mostrarte aterrado como un niño, actúas desafiante y sarcástico —responde—. Estoy seguro de que sabes que tengo el control de la situación y que podría hacerte lo que yo quisiera sin que nadie se enterara.

Su voz suena tenebrosa. El temor vuelve a apoderarse de mí.

—No tengas miedo —pide al advertir mi expresión—. Ya te dije que no te haré daño. Voy a dejarte ir una vez que termine de contarte todo lo que necesitas saber.

—Entonces, ¿podrías desatarme?

—¿Intentarás atacarme? —inquire.

—No.

—¿Intentarás escapar?

—No —aseguro.

—¿Intentarás...?

—¿Puedes desatarme de una maldita vez? —le pido, exasperado.

David sonrío y saca una navaja de su otro bolsillo. La hoja brilla ante la exigua luz que se filtra por las rendijas de la persiana.

—Date la vuelta —ordena.

Obedezco. Él corta la cuerda.

Es mi momento de escapar.

—Sabía que podríamos entendernos —dice—. ¿Te gustaría beber algo?

Vuelvo a darme la vuelta, llevo un puño a su rostro y lo golpeo con la mayor de mis fuerzas. Me duele más a mí de lo que ha de dolerle a él, pero me da la oportunidad de tener un poco de ventaja para huir.

Corro fuera de la habitación. Hay una escalera al fondo del pasillo, la que bajo con tanta desesperación que por poco caigo de bruces al suelo.

—¡Espera! —grita David a mis espaldas, pero no me detengo.

Todo está oscuro aquí abajo. Me las ingenio para encontrar la puerta de salida. Al dar con ella e intentar abrirla, un identificador dactilar de bloqueo emite la orden característica de siempre.

—*Toque el identificador* —ordena. Sé que no servirá de nada, pero hago el intento de todas formas—. *Usuario no reconocido. Salida denegada.*

Golpeo la puerta metálica una y otra vez, totalmente frustrado. Al darme la vuelta, veo que David se aproxima a mí con el aturdidor en mano. Puedo apreciar con la débil luz de la primera planta que su labio inferior está sangrando.

—Por favor, solo quiero que conversemos —ruega.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Sabes que eso no es cierto, hay mucho que debes saber.

—Déjame ir de una vez, maldito terrorista enfermo. Haré que pagues por esto.

—Suficiente, tú me obligaste. —David acerca el aturdidor a mi piel con tal rapidez que no logro esquivarlo.

Esta vez no caigo dormido, sino que me desplomo contra el suelo y quedo paralizado de los pies a la cabeza. No puedo mover ninguna parte de mi cuerpo a excepción de los ojos.

Arruiné todas mis posibilidades de huir.

David enciende las luces de la primera planta con el comando de voz correspondiente. Estamos en una estancia increíble, o eso logro ver con mi limitada visión. A diferencia del exterior, cada detalle y rincón aquí dentro es agradable a la vista. Una pantalla gigante se alza en la pared lateral, muestra un increíble paisaje artificial de unas montañas cubiertas de nieve que lucen tan reales que no parecen simples imágenes virtuales.

—Y agradece que puse el aturdidor en modo paralizador —espeta mi captor—, o dormirías unas cuantas horas más.

La parálisis acaba. Me encuentro amordazado, sentado y amarrado contra una silla en medio de la estancia. Ahora que veo con mayor claridad, descubro que las ventanas de la casa están protegidas con persianas blindadas de acero, razón por la que todo lucía oscuro a luces apagadas.

Una puerta metálica con identificador, ventanas protegidas, objetos aturdidores y de protección... ya no me cabe duda de que David es una persona peligrosa.

Él instala una silla en frente de la mía. Le dirijo una mirada cargada de cólera.

—Aaron, pronto entenderás que solo quiero tu bien.

Trato de esbozar algún insulto en respuesta, pero con la cinta en mi boca resulta imposible.

—Te quitaré la cinta si prometes que no gritarás y que vas a escucharme.

No tengo más opción que asentir. Si en realidad me dejará ir una vez que diga todo lo que tiene que decir, tendré que seguirle la corriente.

David me quita la cinta con cuidado de no herir mi piel, toca mi cara con suavidad en el proceso.

—Antes de comenzar, quiero que me veas a los ojos y que trates de confiar en mí —suplica—. Mi único propósito es que descubras la verdad de lo que eres, Aaron. No soy malvado.

—Por supuesto que lo eres. Me trajiste aquí contra mi voluntad, me ataste, me amordazaste y...

Ante mi renuencia, él toma mi cara entre sus manos y me obliga a verlo a los ojos. Intento resistirme al comienzo, pero acabo mirándolo sin más.

Definitivamente, hay algo extraño en su mirada.

Tal vez se deba al calor del ambiente. Quizás es la proyección digital de las montañas nevadas de la pared o la sensación de estar en un lugar diferente y mejor que Arkos. Puede que no se trate de nada excepto de la adrenalina y de la excitación de lo prohibido; pero en sus iris pardos percibo algo novedoso y especial. Nunca vi los ojos de otro hombre de una forma tan íntima como esta, tampoco imaginé que hacerlo me provocaría tantas reacciones controvertidas. Me siento acalorado en niveles que me avergüenzan. ¿Por qué sentirlo de cerca me causa estas incómodas sensaciones? Y la pregunta más inquietante: ¿Por qué una parte de mí no quiere apartarse de su mirada?

Tal vez, por más que parezca absurdo, con él experimento algo que nunca logré sentir con otra persona: una conexión.

David mira mis labios, y yo veo los suyos. Están hinchados por causa del golpe que les proferí.

Él se acerca con lentitud y me hace volver de golpe a la realidad.

—¿Qué demonios haces? ¡Aléjate!

—Lo siento, yo... creí que, yo...

Se aleja con las mejillas enrojecidas. Creo que las mías también lo están. Aunque me cueste, debo admitir que me gustó caer hipnotizado por su mirada. Todo parecía diferente. No había enfermedad. No había peligro. No había futuro.

Todo era el presente... pero solo por un instante.

—No vuelvas a hacer eso —exijo.

—¿Hacer qué? —Esboza una sonrisa desafiante.

—No te acerques a mí. No creas que soy como tú.

Su sonrisa desaparece, no me importa. No quiero ser como él. No quiero una miserable vida como la suya. Pronto seré curado.

—No te preocupes, no tengo intenciones de volver a tocarte. —David se vuelve a sentar. Puedo notar que está dolido.

—¿No vas a desatarme?

—Aún no, debo asegurarme de que esta vez sí oirás lo que te quiero decir.

—Como sea —resoplo, cansado de esta insufrible situación.

Él pasa sus manos por la cara.

—No sé por dónde empezar.

—Comienza por revelarme en dónde estoy —le sugiero.

Duda por algunos segundos. Sostiene mi mirada y se dispone a hablar:

—Estás en el Sector G.

CAPÍTULO 6

ALICIA

Estoy volando.

Me elevo sobre un mar tan vasto y azul como el cielo. Lluvia cae contra mi cuerpo y, en vez de afectar mi vuelo, hace que me sienta plenamente viva y liberada.

Estoy volando como un ave real, no como una robótica.

Sobrevuelo Sudamérica. Luce sobrecogedora y llena de vida, diferente a cómo la describen los archivos históricos admitidos por el gobierno. Veo selvas, montañas y llanuras; ríos, mares, lagos y bosques; ciudades, pueblos, casas y edificios...

De un segundo a otro, veo gente. Ancianos con arrugas en todo su cuerpo y sonrisas igual de bellas que sus rasgos. Niños que corren de un lado a otro, demasiado contentos para preocuparse de lo que sucede en el mundo. Hombres y mujeres amándose en completa libertad que me demuestran que el cariño es más que una posesión o una obligación.

Soy libre por primera vez. Puedo ser feliz aquí.

El entorno cambia en un abrir y cerrar de ojos: la gente muere y cae en las calles como dominós. Lloran. Corren. El pánico es evidente. No pueden escapar.

Yo tampoco.

Me siento enferma. Toso sangre. Mi cuerpo pesa, me cuesta mantener el vuelo, mi visión se torna borrosa y sudo por todas partes. Algo resplandece en el horizonte: Arkos, el gran refugio de la humanidad. Mi salvación.

La nación se aleja cada vez más a medida que avanzo. Luce inalcanzable ahora que estoy perdiendo las esperanzas de salvarme.

De la nada, pesadas cadenas amarran mis piernas y me arrastran a la superficie con rapidez.

Voy a morir.

Mi llama se apaga.

No soy un ave libre o feliz...

Soy un ave en extinción.

Despierto de golpe, sobresaltada. Ya no vuelo sobre Sudamérica; me encuentro en una minúscula habitación de iluminación tenue y paredes derruidas. Intento ponerme de pie para averiguar en dónde estoy, pero un dolor punzante en la nuca me obliga a recostarme de regreso sobre la cama bajo mi cuerpo.

Miro a mi alrededor. Oigo pasos fuera de la habitación. Una puerta se abre y un joven desconocido entra en el cuarto: tiene un cuerpo fornido y la tez morena. Dos cejas pobladas dominan su frente y le brindan un aspecto rudo y atractivo a la vez.

El chico trae una bandeja de metal un tanto oxidada en sus manos. Esboza una sonrisa al encontrarme despierta.

—Te traje algo de comer. Solo tenía pan integral y suplementos alimenticios, pero será sufi...

—¿Quién eres? —lo interrumpo—. ¿Dónde estoy?

—Estás en el Sector G.

Los hechos retornan de golpe a mi mente: el viaje desde Athenia a Esperanza, el trayecto en taxi hasta la entrada del G, los hombres grotescos que quisieron abusar de mí —recordarlo me provoca náuseas— y el heroico rescate en manos del sujeto que tengo en frente.

—Eres Cristián —anuncio.

Otra débil sonrisa se dibuja en su rostro serio.

—Y tú Alicia.

Asiento. Él me extiende una mano y la estrecho con gusto. No puedo evitar sonreír. Cristián me salvó de sufrir una de las experiencias más repugnantes que podría haber vivido, y puede que haya salvado mi vida de una muerte horrorosa.

—Muchas gracias —le digo.

Parece adivinar a qué me refiero. Se limita a sonreír otra vez como respuesta.

—Deberías comer un poco —sugiere.

—Ahora que lo dices, muero de hambre. —Intento reír, pero el dolor de la contusión me lo impide.

Llevo una mano a mi cabeza: un gigantesco chichón sobresale en mi nuca. Duele incluso con el efímero contacto de mis dedos.

—También traje pastillas antiinflamatorias —informa Cristián.

Mi cuerpo entero podría gritar de alivio. Cristián acerca la bandeja a un mueble que está junto a la cama, sobre el que se encuentra mi teléfono. Lo quito para que pueda dejar la comida; noto en ese momento que el material de la superficie es extraño.

—¿Es eso madera? —pregunto, sorprendida.

Cristián asiente.

El único lugar en el que se pueden encontrar objetos hechos de madera real es el Museo de Libertad. El uso de madera está prohibido en la nación. En su lugar, todo es confeccionado con metal o con materiales biodegradables.

—¿Sabías que un hermoso árbol murió para que tuvieras este mueble? —Recalco el disgusto en mi voz.

—En mi defensa, puedo decir que no lo he creado yo. —Cristián alza las manos como disculpa.

—¿Y de dónde lo sacaste?

—Estás en el G, chica elegante. —Emite una risa sarcástica—. Aquí puedes conseguirlo todo.

—Te pido por favor que no vuelvas a llamarme así. —Me exaspero.

—Lo siento, yo... perdóname. No acostumbro a hablar con chicas como tú.

—¿Chicas como yo?

—Ya sabes... de clase alta. —Llevo una mano a su nuca, incómodo.

—No sé qué idea tienes sobre las personas de clase alta, pero créeme: no soy como ellos.

—Me alegra saberlo. —Sonríe.

Me duele que me encasillen solo por ser de Athenia o por ser la prometida de un futuro gobernador de la... Oh, no. ¡Carlos!

—¿¡Dónde está Carlos!?

—Te habías tardado. —Cristián esboza una mueca burlona—. Él duerme en la estancia. No te preocupes, está sano y salvo... y drogado hasta los pies.

Me apresuro a ingerir las pastillas antiinflamatorias con un sorbo de agua. Guardo mi teléfono en un bolsillo y me pongo de pie a pesar del dolor de cabeza.

—Espera. —Cristián me detiene antes de salir—. ¿No vas a comer?

—Después, necesito ver cómo está Carlos.

—Como quieras. —Se encoge de hombros—. Te llevaré a la estancia.

La casa de Cristián es, como imaginaba, bastante pequeña y sencilla. Me sorprende que, a pesar de ser una casa del G, se aprecia una vibra acogedora y que varios cuadros familiares decoran una pared. Cristián aparece solamente en una de las imágenes, sonriendo junto a personas que tampoco aparecen en las demás fotografías. La familia en la foto de Cristián luce feliz y rebosante de vida, a diferencia de la mía o de cualquier otra de Athenia.

—Tienes una hermosa familia —felicito—. ¿Dónde están? ¿Están dormidos?

Cristián no contesta mis preguntas, solo guarda silencio. Decido no insistir más al respecto y concentrarme en mis propios asuntos.

Carlos duerme sobre un sofá añejo en el fondo de la estancia. Suspiro con alivio al verlo. Está vivo, y yo también. Le debemos mucho a Cristián.

—Helo aquí tu elegante y predilecto príncipe drogado —bromea.

Me acerco a Carlos y me siento a su lado en el sofá. A simple vista luce bien, con el rostro tan falsamente angelical como de costumbre. Tomo su mano y la aprieto con fuerza. Hoy pude haberlo perdido. Sé que no es perfecto. Sé que no es la clase de hombre con el que me gustaría pasar la vida. Y sé que no podrá hacerme feliz. Pero, en el fondo, lo quiero. No puedo evitar hacerlo.

—Si supieras por todo lo que me hiciste pasar hoy —mascullo, aunque él no pueda oírme.

Cristián carraspea a mi lado.

—Descuida, puedes dormir a su lado si quieres —ofrece con ironía—. El sofá es grande.

—¿Dónde lo encontraste? —pregunto, señalando a mi prometido.

—Como dije, lo encontré a unas cuantas calles de aquí. Estaba inconsciente en el suelo, pero eso no me sorprende.

—¿Por qué no?

—Tu novio acostumbra a merodear por el G al menos una vez cada dos semanas. Suele meterse en problemas y... disculpa, creo que estoy hablando de más.

—No te preocupes —suspiro—. Conozco bien a mi futuro esposo.

Cristián agacha la mirada. No sé si es por incomodidad o por lástima.

—Él debería tener más cuidado —increpa—. Es un futuro gobernador de la nación y una figura pública. Por más que se esfuerce en mantener su privacidad, pronto el país entero acabará por descubrir su verdadero comportamiento. Tú también serás reconocida en unos años, así que...

—¿Crees que no lo sé? —Alzo la voz—. ¿Crees que no soy consciente de lo mal que estamos? Todo apesta, y no tengo más opción que aprender a vivir con ello.

—Siempre hay opciones —musita Cristian. Su voz suena casi esperanzadora—. Siempre hay una salida.

Antes de decir algo en respuesta, golpes frenéticos resuenan en la puerta principal. Mi latido se acelera de golpe. Cristián palidece y lleva un dedo a sus labios.

—¡Max, soy yo! —grita alguien en el exterior—. ¡Abre la maldita puerta!

Cristián corre en dirección a la entrada. El sujeto que gritaba entra con presura y cierra la puerta en un instante. Ambos deben tener la misma edad aproximada. El recién llegado tiene el cuerpo robusto, brazos gruesos y la tez oscura. Nos escruta a Carlos y a mí en el sofá y frunce el ceño con asombro.

—¿Son... Scott y su novia? —inquieta con voz jadeante, tal vez por haber corrido hasta aquí.

—¿Qué rayos está pasando, William? —pregunta en respuesta Cristián junto a un asentimiento—. ¿Por qué esa urgencia?

—¡Redada! —anuncia William.

—Mierda. —Cristián lleva una mano a su boca.

—Se llevaron a varios —informa William, abatido—. Se los llevaron, se los llevaron...

—¡Calma! Me contarás lo que sucedió cuando lleguemos al refugio. Ayúdame a cargar a Scott; iremos en mi automóvil.

Cristián se me acerca y posa sus manos en mis hombros.

—Alicia, debemos huir de aquí —susurra.

—¿Qué sucede? No entiendo nada. ¿Adónde se supone que debemos huir?

Luces rojas iluminan la estancia a través de la ventana: son naves del Cuerpo de Protección.

—¡Ya están aquí! —exclama William.

—No hay tiempo para ir al refugio, nos esconderemos en el sótano —resuelve Cristián—. Alicia, si no quieres meterte en problemas, te aconsejo esconderte con nosotros.

Asiento. Estoy muy asustada para hacer preguntas. Cristián se pone de cuclillas y levanta una alfombra del suelo. Una puertecilla se revela bajo ella, y la abre con rapidez.

—William, toma a Carlos de los pies y ayúdame a bajarlo —le ordena Cristián—. Alicia, tú vas primero —me dice.

Me dispongo a bajar las escaleras con prisa, pero todo es oscuridad allí abajo. Saco mi móvil del bolsillo y pronuncio el comando de voz correspondiente que enciende la potente linterna del dispositivo. Cuando logro ver con mayor claridad, noto que escaleras repletas de polvo conducen hacia un sótano sucio, maloliente y repleto de telarañas en los rincones.

Desciendo los últimos peldaños con Cristián y William cargando a Carlos a mis espaldas. Una vez abajo, lo sientan contra la pared del fondo, detrás de una pila de cajas añejas. Cristián vuelve a subir las escaleras para cerrar la pequeña puerta de entrada al sótano mientras que

William y yo nos escondemos tras las cajas, junto a Carlos, quien no parece despertar a pesar de todo el movimiento y del estruendo. Mejor así.

—Alicia, apaga la linterna —pide Cristián cuando se halla junto a nosotros en el escondite.

Asiento y quedamos a oscuras. Un poco de luz roja se filtra por una ventana en lo alto de la pared lateral y brinda al sótano un aspecto mucho más escalofriante. Por desgracia, la ventanilla no es lo suficientemente amplia como para escapar.

Pronto se oyen golpes en la entrada de la primera planta. Cristián vuelve a llevar un dedo a sus labios. A duras penas respiro.

—¡Abran la puerta o la haremos caer! —demanda una voz a la distancia.

Después de algunos minutos, cumplen con su amenaza. La puerta cae, o eso adivino por el ruido. Oigo pasos sobre nuestras cabezas y, con la débil luz roja que proviene de la ventanilla, logro divisar que William desenfunda una pistola. Es un modelo sofisticado que ha de costar bastante. ¿Por qué trae consigo un arma de tal categoría? ¿A qué se debe esta redada?

—¡Maximiliano Cervantes, sabemos que estás aquí! —vocifera alguien desde la primera planta.

William llamó «Max» a Cristián cuando llegó. ¿Es Maximiliano su verdadero nombre?

—¿Te llamas Max? —le pregunto en un hilo de voz.

—Sí —responde—. Lamento haber mentido.

—¿Por qué mentiste?

—Precaución. —Su tono es casi inaudible—. No nos permiten revelar nuestros verdaderos nombres a desconocidos.

No pregunto más. Debe tener una peligrosa razón para mentir sobre su identidad.

Y, como si las cosas no pudieran empeorar, Carlos emite un quejido. Está despertando.

—¿Dónde estoy?

William lleva una mano a su boca antes de que él diga más. Carlos intenta resistirse, pero le basta a William con apuntar el cañón de la pistola directo en la sien izquierda de mi prometido para tranquilizarlo.

—¿Qué rayos haces? —le pregunto a William sin alzar mucho la voz. Él me ignora. Carlos, horrorizado, clava sus ojos en los míos—. Tranquilo, soy Alicia —le susurro—. No hagas ruido, luego te explicaré.

A decir verdad, no sé qué voy a explicarle. Esta situación es tan confusa para mí como para él. Intenta decir algo en respuesta, pero William no se lo permite. Permanecemos inmóviles tras las cajas, preparados para el momento en que estemos a salvo o esposados y a bordo de las naves protectoras.

—¡Encontré algo! —grita un protector desde arriba. La puertecilla del sótano se abre.

Se acabó.

No estaremos a salvo

CAPÍTULO 7

AARON

Mi mundo está de cabeza.

Mi vida experimentará un cambio radical en dos meses y medio. La anormalidad dejará de ser algo por lo que deba preocuparme porque seré uno más.

Pero hoy, nada se siente normal. Estoy atado a una silla en la casa de un desconocido. No hay nadie más que nosotros, y nos miramos como si nos conociéramos de toda una vida. Lo más extraño de todo es que nos hallamos en el Sector G.

—¿Puedes confiar en mí?

Detecto súplica en la voz de David.

—No tengo más opción que hacerlo —espeto—. Si de mí dependiera, ya estaría en casa y no volvería a verte la cara

—Aaron, no quiero que confíes en mí porque no te queda otra opción. Sé que no empezamos de la mejor forma, pero ya está hecho. Créeme cuando te digo que no quieres ser curado.

¿De qué habla? Mi mayor anhelo es ser curado. La Cura es la respuesta al problema, mi única esperanza. Me asegurará una vida estable, me otorgará un futuro prometedor y acabará con todas mis preocupaciones.

—Tú no sabes lo que quiero —afirmo entre dientes—. Deseo ser como los demás.

David ríe a viva voz.

—¿Y cómo son los demás? —pregunta en tono de burla.

—Normales.

—¿Por qué quieres ser normal?

—Porque ser normal es lo correcto —aseguro sin dudar.

David pone los ojos en blanco y acorta la distancia entre nuestras sillas.

—Aaron, nada en este lugar es malditamente normal. Ni siquiera el cielo de nuestro país lo es.

—¿De qué hablas?

—¿Crees que los pilares solo delimitan el mar? Pues no es así. Hacen mucho más que eso: también delimitan nuestro cielo.

—No entiendo. —Hundo el ceño.

—Nos hallamos en el centro de la Antártida, en donde el cielo es oscuro la mayor parte del año. En circunstancias normales, nos hallaríamos inmersos en la oscuridad durante meses, desprovistos de luminosidad hasta el verano. Si tenemos un cielo luminoso es gracias a una

pantalla artificial que parece desafiar las leyes de la realidad. Y si no me crees, pregúntate: ¿Por qué los aeromóviles no pueden volar más allá de cierta altura? ¿Por qué los edificios no pueden alcanzar alturas más allá de la permitida?

—¿Cómo sabes todo eso? —cuestiono. Suena tan imposible que me cuesta asimilarlo.

—Sé muchas cosas —responde en tono misterioso—. Si aceptas mi amistad y si decides confiar en mí, puedo revelarte un sinfín de verdades que nunca habrías imaginado y ofrecerte un mundo de posibilidades que harían de tu vida algo más auténtico.

—¿Por qué insistes tanto en que confíe en ti? ¿Qué hay de especial en mí?

David dirige la mirada a un punto cualquiera de la habitación y se pierde en él por unos segundos. La tristeza invade su rostro, como si hubiera evocado un recuerdo doloroso.

—Permíteme mostrarte algo. Después de que lo veas por ti mismo, entenderás todo de una vez.

—¿Qué vas a mostrarme?

—Ya verás. —Esboza una sonrisa temblorosa—. Necesitaré tu ayuda, así que voy a tener que desatarte.

No puedo evitar sonreír de manera triunfal.

—Pero antes de hacerlo, quiero que prometas que esta vez no harás nada estúpido. —Se cruza de brazos.

Sinceramente, ya no siento ganas de escapar. Creo que la curiosidad ha ganado una vez más. Quiero ver lo que él quiere mostrarme.

—Está bien, haré lo que quieras.

David vuelve a desatarme. Esta vez, no intentaré huir. Lo único que quiero es que esto acabe pronto para no volver a verlo y borrar de mi mente esta desagradable experiencia... no obstante, en lo profundo de mi corazón, presiento que su recuerdo seguirá intacto en mi memoria por un largo tiempo.

Ya está. Me ha desatado. Me pongo de pie con cautela mientras David observa cada uno de mis movimientos. Ambos alzamos las manos en señal de rendición.

—Espero que no vuelvas a golpearme, fortachón. —Se ríe—. Mi labio arde como el infierno.

Esbozo otra pequeña sonrisa y retomo la seriedad.

—Volveré a golpearte si me das motivos para hacerlo.

Él solo ríe en respuesta.

—Espérame aquí, iré a buscar el reproductor de recuerdos —dice mientras se dirige a las escaleras.

¿Un reproductor de recuerdos? Esos objetos cuestan una fortuna. Su función consiste en exhibir a modo de video algunos recuerdos específicos que el usuario conectado decide mostrarle a los espectadores. Las memorias son proyectadas en un televisor, teléfono o pantalla

cualquiera. El espectador solo puede ver lo que la persona conectada al reproductor desee enseñarle. David me confiará algunos de sus recuerdos. Me confiará parte de su vida.

Solo Jason, mi abuelo paterno, me ha permitido ver sus recuerdos en el pasado; con él tuve una buena relación, hasta que murió a causa de la única enfermedad incurable de nuestra sociedad: la enfermedad de Stevens, bautizada de tal forma en honor a la primera persona infectada durante la Gran Guerra Bacteriológica. El Stevens es el único virus liberado en esa época cuya cura aún no ha sido descubierta, es la única muerte natural que queda en la nación —además de la edad avanzada—. La mayoría de las personas en nuestro país no vive más allá de los setenta años porque a esa edad sus defensas se debilitan y pocos son los que pueden afrontar los gastos preventivos para el Stevens.

Como último deseo antes de su muerte, el Hospital General de Libertad le brindó a mi abuelo la oportunidad de elegir a un familiar para mostrarle algunos de sus más preciados recuerdos mediante el reproductor, y él me eligió a mí. En ese entonces, yo era el miembro más joven de toda la familia, con apenas diez años; el abuelo tenía setenta.

Lo ocurrido aquel día aún se siente fresco en mi memoria. Estábamos el abuelo, una enfermera y yo en la habitación. En una pared del cuarto había una pantalla plana que exhibiría los recuerdos seleccionados por él. La enfermera inició el procedimiento correspondiente del reproductor: conectó electrodos en las sienes, nuca y frente del abuelo, le puso una especie de casco plástico y blanco en la cabeza —que también cubría sus ojos— y encendió el dispositivo.

El abuelo se hallaba en sus últimos días de vida. Los únicos movimientos que podía hacer eran los involuntarios, como respirar agitadamente y toser con fuerza. Apenas podía mover sus párpados. Lloraba día tras día en hilillos intermitentes de lágrimas. Recuerdo que mamá solía decir que las lágrimas caían incontrolablemente por causa de la enfermedad, pero tiempo después me di cuenta de que él no lloraba por culpa del Stevens: mi abuelo lloraba porque no quería abandonar este mundo sin haber cumplido sus sueños.

Los recuerdos que él me enseñó ese día eran bastante aburridos: escenas poco trascendentes de su infancia, de su adolescencia, de su adultez y de su vejez. Secuencias monótonas que se superponían unas tras otras, todas igual de grises y planas que las anteriores. Con los años, descubrí que el abuelo no me mostró esas escenas al azar...

Él quería advertirme de lo gris que podía ser la vida, del poco sentido que tenía.

David trae el reproductor de recuerdos. Conecta los correspondientes puertos en la pantalla gigante y enciende el objeto. La proyección de las montañas nevadas es sustituida por el menú de inicio del reproductor, y la imagen digital de una mujer de tez morena es proyectada a través de un holograma.

—*Hola, David* —saluda la mujer—. ¿A quién le mostrarás tus recuerdos esta noche?

—A Aaron —contesta David.

Mi nombre aparece escrito en la pantalla.

—*Toca la pantalla, Aaron* —me pide la mujer.

Hago lo que indica. Mi huella digital queda registrada en el panel y se desplaza hacia mi nombre.

—*¿Quién será el anfitrión del procedimiento?*

—Aaron —reitera David.

Toco la pantalla otra vez. Tengo los permisos necesarios para iniciar el procedimiento.

—*Aaron, pon los electrodos en las sienes, nuca y frente de David* —ordena la mujer holográfica.

David se sienta sobre un sofá ubicado cerca de la conexión del reproductor. Me acerco a él para conectarle los electrodos. Veo que su labio inferior tiembla y que en su rostro se refleja la preocupación.

Le pongo los respectivos electrodos en las sienes y en la nuca. Una vez que conecto el de la frente, él me mira a los ojos. Los suyos están lagrimosos, a poco de romper en llanto. Me queda claro antes de iniciar que David me mostrará recuerdos muy dolorosos para él.

—No tengas miedo —le digo—. Quiero decir, yo... olvídale.

Él toma una de mis manos. Intento apartarla al instante, pero la mantiene con firmeza en la suya.

—Quiero que interrumpas el procedimiento si es que me veo demasiado agitado —me pide.

—Lo haré.

David acaricia mi mano antes de soltarla. De no ser porque me confiará parte de su memoria, lo habría regañado. No tiene derecho a tocarme así. Reprimo la ira, consciente de que, posiblemente, lo único que necesita ahora es apoyo.

Pongo el casco sobre su cabeza. Una luz blanca se enciende en el interior.

—*Cuando el usuario esté listo para iniciar, el anfitrión debe oprimir la opción «inicio» en la pantalla. ¿Entendido?*

Miro una vez más a David antes de continuar.

—Entendido. David, ¿estás listo?

—Sí —responde, aunque dudo que lo esté.

Activo el mecanismo y la mujer desaparece, pero su voz aún resuena en los parlantes.

—*Iniciando la selección de recuerdos.*

En una parte de la pantalla, gracias a una cámara, veo los ojos llorosos de David por debajo del casco. Una línea de luz ilumina su mirada y la hace resplandecer. Él luce cada segundo más asustado. Comienzo a sentir miedo de lo que vaya a mostrarme.

David cierra los ojos. Ha entrado en estado de trance. Está listo para seleccionar mentalmente entre todas sus memorias.

—*Cargando la base de datos* —anuncia la voz.

En otra parte de la pantalla se ve el porcentaje del proceso:

10%... 30%... 60%... 90%...

Y 100%.

El primer recuerdo aparece.

Todo lo que se ve en la pantalla es mostrado desde la perspectiva de David, como si tuviera cámaras en sus ojos. En la parte superior hay una barra de edad que indica los años que tenía en el recuerdo:

«*David Wells: 16 años*».

Él está en un salón de clases. A su alrededor hay chicos que tienen puesta su atención en la pantalla gigante del frente y en el maestro junto a ella. David mira en otra dirección: observa a un chico en especial. La cámara se enfoca justo en él. El chico se da la vuelta y sonrío al encontrarse con la mirada de David. No luce como una sonrisa burlona o amigable. No sabría decir por qué, pero es diferente.

El recuerdo desaparece. Uno nuevo lo sustituye: David camina por el Central Park de Libertad junto al chico del recuerdo anterior. A juzgar por las hojas amarillentas apiladas por todas partes, infiero que es otoño.

El chico cuenta un chiste sin sentido y la risa de David retumba en los parlantes. Ambos ríen a todo pulmón y se miran a los ojos. El viento revuelve el pelo del chico de tal manera que lo despeina por completo.

—*Ahora sí luces como una estrella de televisión, Michael*—dice David entre risas.

El chico de los recuerdos se llama Michael.

El recuerdo del parque acaba. Nuevos recuerdos aparecen: David y Michael navegando en lancha por Nueva Dubái, David y Michael en una sala de cine viendo una película preguerra llamada *Lo que el viento se llevó*; David y Michael arrojando piedras sobre el lago artificial de Libertad, David y Michael contemplando el atardecer desde una montaña...

Luego de muchos recuerdos graciosos y amistosos, uno diferente entra en escena: ambos están sentados sobre el suelo de una habitación. La barra de edad indica diecisiete años.

Michael sostiene la mirada de David. Se acerca cada vez más a él. Por un momento olvido que veo recuerdos ajenos y siento que Michael se aproxima a mí.

La imagen se aleja, lo que indica que David ha retrocedido. Al cabo de un rato, vuelve a acercarse de forma lenta y peligrosa.

El rostro de Michael predomina en la pantalla. Puedo ver cada uno de sus rasgos e imperfecciones. Sus ojos son de color avellana, casi de la misma tonalidad que los míos. Diminutas pecas se esparcen por su rostro como granos de café; contrastan con su tez pálida y con su cabello oscuro.

Michael se acerca hasta que la imagen se va a negro. No es porque viene un nuevo recuerdo: David ha cerrado los ojos. Están besándose.

Quedo pasmado. No esperaba presenciar algo como esto; sin embargo, no es la primera vez que contemplo un beso entre dos hombres. Andrew, mi antiguo vecino, solía besarse con

su amigo en el jardín trasero de su casa, bajo la luz de la luna y cuando casi todos dormían. Yo los espiaba a través de la ventana de mi cuarto con una excitación que me asustaba y que me gustaba al mismo tiempo.

El sonido de las bocas unidas de David y de Michael se oye en los parlantes. Al principio, siento la misma repulsión que las primeras veces que espiaba los besos nocturnos de Andrew y Ben. Poco a poco la repulsión por los besos de mi vecino y su amigo se convirtió en deseo. Deseaba besar y ser besado como ellos. Soñaba con sentir la misma pasión que se reflejaba en aquellos amantes prohibidos y refugiados en la oscuridad de la noche o en la seguridad de un cuarto cerrado.

Alejo la mirada de la pantalla y miro a David. Él luce abatido. Respira entre jadeos y empapa su playera de sudor.

La imagen regresa. Michael observa a David como si fuera el objeto más valioso en la Tierra. A juzgar por ello, adivino que él lo quería. Todo indica que ambos se amaban de forma genuina, a pesar de la enfermedad y de las mil restricciones que jugaban en contra.

Un nuevo recuerdo aparece. Se hallan en la misma habitación, pero en un mes diferente. Ambos están desnudos, o eso alcanzo a ver.

David lleva una mano al rostro de Michael y acaricia su mejilla con suavidad.

—*¿Estás seguro de que quieres hacer esto?* —Oigo que pregunta.

—*Nunca estuve más seguro de algo* —responde Michael.

Se besan con pasión. Cierro los ojos hasta que la curiosidad me vence y me obliga a abrirlos. Michael y David se acarician tal como yo he intentado hacer con Caroline, con la diferencia de que su unión no es una farsa: lo de ellos es real. Ellos se desean. Ellos sí se quieren.

La imagen es reemplazada de nuevo. Esta vez no veo a Michael, sino que diviso a una familia sentada en torno a una mesa. Es la familia de David. Los reconozco por las fotografías que vi en la pared de su cuarto. Sus padres lo escrutan con miedo en sus rostros y su hermano menor juega con un hámster robótico en una esquina de la habitación.

—*¿Qué es eso tan importante que debes decirnos?* —inquire la madre de David—. *Dilo de una vez, nos tienes muy preocupados.*

—*Yo... yo...*

—*Vamos, habla* —exige su padre en tono severo.

David mira de un lado a otro. Creo saber lo que está por decir.

—*Tengo la enfermedad prohibida* —confiesa de sopetón.

Sus padres lo miran con asco y con temor a la vez. El hermano de David luce como si no entendiera lo que sucede.

—*¿Hace cuánto tienes la enfermedad?* —demanda el padre. Parece esforzarse por mantener la calma.

—*La tengo hace... hace...*

—*¡Responde!*

—*Hace más de dos años*—dice por fin.

El padre se levanta de su asiento y abofetea a David hasta hacerlo caer de espaldas. David dirige la mirada al techo. Su papá se agacha junto a él y lo golpea una y otra vez.

—*¡Escondiste tu asquerosa enfermedad por más de dos años! ¿Qué tienes en la cabeza? ¡Ahora sabrás lo que es sufrir las consecuencias de tus actos!*

La imagen se ve borrosa porque David está llorando. Oigo también los sollozos de su madre y de su hermano, quienes le imploran al padre que deje de golpearlo. David no dice nada, ni siquiera se queja de los golpes. Se limita a llorar sin defenderse. En un intento por evitar que siga golpeando a David, su hermano menor se arroja sobre su padre para detenerlo, pero el hombre lo lanza al instante contra una pared. El niño llora. Su madre corre en su dirección para abrazarlo.

Yo también estoy llorando y, cuando observo a David en el sofá, descubro lágrimas sobre sus mejillas.

El espantoso recuerdo es sustituido por el que seguro es peor: David se encuentra en un quirófano. Él escudriña su cuerpo y me permite ver que está atado del tórax a los pies contra una camilla. Se mueve con fuerza de un lado a otro para liberarse, pero no logra hacerlo. La imagen vuelve a verse difusa debido a las lágrimas.

Adivino lo que pasará: van a someterlo a la Cura.

Un enfermero enmascarado y vestido de blanco acerca una jeringa al brazo de David. En su interior se aprecia un líquido verdoso que supongo es la Cura. Justo antes de que la aguja sea introducida en su brazo, un pitido resuena en los parlantes. Es tan molesto que debo cubrir mis oídos. Aparentemente, el pitido hace caer dormidos a los enfermeros y médicos del quirófano.

Una persona irrumpe en el cuarto: es Michael. Llegó para rescatar a su novio.

Me es inevitable sonreír. Pude sentir la desesperación de David como si fuera yo quien estuviera a punto de ser curado. Me alegra que lo salvaran a tiempo.

—*Prometí que nunca te abandonaré*—le dice Michael.

—*Te amo, te amo, te amo...*—repite David.

Michael corta con una navaja cada uno de los amarres del cuerpo de su amado. Cuando ya está liberado, David lo atrae hacia él para besarlo. Si bien sentí cierta repulsión hace minutos, ahora la imagen me conmueve.

David y Michael se encaminan hacia la puerta del quirófano. Tres hombres armados los esperan en el pasillo.

—*No te preocupes, ellos vienen conmigo*—le informa Michael a David.

¿Qué hace alguien tan joven como Michael acompañado de hombres armados? Definitivamente debo preguntar al respecto cuando la reproducción de recuerdos acabe.

David, Michael y sus acompañantes escapan por los pasillos del hospital. Una ensordecedora sirena genera estruendo, luces rojas tiñen los pasillos y una gran cantidad de personas corren despavoridas por todas partes.

El grupo escapa hacia una salida de emergencia. Tras abrir la puerta metálica y abandonar el edificio, veo un aeromóvil a través de los ojos de David. Este sobrevuela la escalera de emergencia y, al parecer, está ahí para rescatar al grupo.

David y los demás abordan el aeromóvil. El piloto enciende motores y aleja la nave a toda velocidad por el cielo nocturno. Michael y David se vuelven a besar, felices por haber huido.

Me siento inexplicablemente contento. Sé que la sociedad asegura que se trata de una enfermedad, pero en los ojos de Michael se refleja un amor incuestionable.

La escena acaba. Muchos recuerdos felices le siguen: Michael y David corriendo libres por el campo; Michael y David sentados junto a una hoguera; Michael y David en las aguas de un río; Michael y David riendo a carcajadas bajo un cielo estrellado, y varias otras escenas igual de conmovedoras que las anteriores.

Viven momentos felices y llenos de amor. Momentos que yo nunca he vivido.

Un recuerdo diferente aparece luego, también una nueva edad: veinte años.

David y Michael corren por unos callejones sucios, oscuros y llenos de basura. No hay callejones así en Libertad, ni siquiera en Esperanza.

Han de estar en el Sector G.

—*¡Corre!* —grita Michael—. *¡Nos alcanzarán!*

Me estremezco al oír disparos. David voltea su cabeza mientras corre. En la pantalla se ven protectores armados que los persiguen.

Los amantes prohibidos corren en zigzaguesos. Las balas los rozan a escasos centímetros. De un segundo a otro, Michael cae al suelo y David se detiene. Logro descubrir a través de la visión de David lo que hizo caer a su amado: una bala le atravesó la espalda.

—*¡Basta!* —ruega David—. *¡Deténganse!*

Los protectores pausan, pero no por la petición de David: balas llueven sobre ellos. David es rescatado otra vez. Él cubre a Michael con su cuerpo y lleva los brazos a la cabeza para evitar ser impactado por alguna de las balas de sus salvadores u oponentes.

—*Por favor, no me abandones* —le suplica a Michael—, *no me abandones, te amo, te amo, te amo...*

Michael intenta decir algo en respuesta, sin embargo, el dolor no se lo permite. David lo voltea para poder besarlo. Lleva las manos a su rostro, limpia sus lágrimas y lo acaricia con desesperación.

—*No llores, por favor* —implora—. *Todo estará bien, todo estará bien...*

Con el que al parecer es su último aliento, Michael pronuncia lo siguiente:

—*Quiero que seas feliz.*

Y, como era de esperarse, sus ojos permanecen abiertos y fijos hacia el cielo. Ya no se oye su respiración agitada. Ya no se aprecian señales de vida.

Está muerto.

Los protectores lo han asesinado.

Lloro a mares. Mi corazón se hace añicos. Puedo sentir el dolor de David como si fuera propio.

Escucho un llanto desgarrador que me hace volver a la realidad. Descubro que David está atrapado en el trance generado por el reproductor. Me acerco con rapidez a la pantalla para tocar la opción para terminar con el procedimiento.

—*Muchas gracias por tus recuerdos, David*—despide la mujer virtual del reproductor—. *Buenas noches.*

La pantalla se va a negro, y regresa la imagen de las montañas nevadas. David se quita el casco y los electrodos, luego se lanza al suelo para darle puñetazos. Verlo tan abatido me destruye por dentro.

Me agacho junto a él y, por un instante, olvido la enfermedad. Olvido lo que está bien y lo que está mal; lo que es normal y lo que no. Lo único que veo es a un hombre dolido que necesita un abrazo.

Lo envuelvo con fuerza, ambos sollozamos por el recuerdo de una persona que murió a causa de algo que no podía controlar. A él, lo sucedido le duele más que a mí.

Me doy cuenta de que aquello que David y Michael sentían no era producto de una enfermedad. Lo que ellos sentían era amor. El amor más puro y honesto que pudiera existir en la Tierra.

David tiene razón: no estamos enfermos.

CAPÍTULO 8

ALICIA

El pánico me hará desvanecer.

No muevo ningún músculo; ni siquiera parpadeo. Los pasos de los protectores se vuelven más y más audibles y la amenaza es cada vez más latente.

Imagino los posibles sucesos futuros: Carlos y yo nos meteremos en problemas, pero no tan graves como los que tendrán William y Max. Si los protectores son capaces de traer consigo aeronaves y un escuadrón numeroso para atraparlos, es porque han de ser peligrosos.

A pesar de las dificultades que enfrentaremos, Carlos tiene influencia y poder. Los protectores no se arriesgarán a ponerlo de mal humor. Podremos negociar un acuerdo y salir de esta, pero los demás no contarán con la misma suerte.

Le debo mucho a Max. Tengo que ayudarlo.

Y ya sé lo que haré.

—Max, tengo una idea —susurro en su oído.

—¿Qué idea? No es buen momento —musita.

—Hágannos pasar por sus rehenes.

—¿Qué?

—Es la única alternativa que tienen para escapar —afirmo—. Es eso o ir a prisión.

Max duda. No hay tiempo; debe decidir qué hacer. Los protectores se aproximan a nosotros y encienden una luz casi cegadora que ilumina el sótano de rincón a rincón.

—Hecho —acepta, y le susurra algo a William en su oído. Ambos asienten.

Es hora de actuar.

—¡Alto! —grita William—. ¡Tenemos secuestrados a Carlos Scott y a su prometida!

William se pone de pie con precaución. Levanta a Carlos de un brazo y le apunta la pistola en su sien derecha.

—¡Lancen las armas al suelo o mataré a su futuro gobernador!

Max saca una pistola del cinturón y repite la maniobra: me levanta con un brazo alrededor de mi cuello y apunta el arma en mi cabeza. Aunque confío en que no va a herirme, me estremece tener un objeto letal tan cerca de mí.

Los protectores nos miran como si no creyeran lo que ven.

—¿Son realmente Carlos Scott y su prometida? —pregunta uno de ellos.

Me adelanto a Carlos.

—¡No disparen, por favor! ¡Somos nosotros! ¡No nos maten! —confirmo con falsa desesperación—. ¡Bajen las armas! ¡No quiero morir! ¡Hagan lo que dicen, por favor! —ruego e intento fingir llanto.

Me esfuerzo en mostrarme aterrada. Los protectores se miran unos a otros sin saber qué hacer. Un hombre alto, de aspecto intimidante y de no más de cuarenta años entra en el sótano. Lo reconozco como Richard Tennyson, uno de los líderes del Cuerpo de Protección.

—Bajen sus armas —ordena a los protectores.

Ellos obedecen. Percibo odio en la voz y en la mirada de Richard. Su desprecio por William y Max es notorio.

—Todos a la pared de la izquierda —exige William a viva voz—, o le volaré los sesos a este idiota mucho antes de que alguno de ustedes intente algo apresurado.

Los protectores miran a Richard como si esperaran instrucciones. Él asiente. Los uniformados se agrupan contra la pared del lado izquierdo y dejan sus armas en el suelo.

—No saldrán vivos de esta —amenaza el líder.

Max tiembla por un segundo, pero retoma su faceta imperturbable de inmediato.

—Si caemos, el gobernador y su novia caerán con nosotros —amenaza en respuesta.

La tensión en el ambiente es electrizante. Avanzamos lentamente por el sótano. William y Max apuntan sus pistolas de un lado a otro entre los protectores, Carlos y yo.

—¡Que bajen los protectores que están arriba! —ordena William en voz alta.

Los protectores de la primera planta descienden las escaleras y se amontonan junto a los demás. Casi resulta gracioso que obedezcan a un par de jóvenes armados.

Entiendo la extrema precaución y la obediencia del Cuerpo de Protección: Carlos es valioso. De sucederle algo malo, se desataría el caos en el país.

—Subiremos al primer piso —informa William—. Ustedes se quedarán aquí hasta que Carlos y Alicia les anuncien que pueden subir, o un par de cabezas volarán en un abrir y cerrar de ojos. ¿Entendido?

Los protectores asienten. Richard, por su parte, sonrío. Creo que, en el fondo, sabe que William y Max no tienen oportunidad de escapar.

Ascendemos a la primera planta. Ya no hay protectores aquí, pero sí los hay afuera. Las luces rojas de las aeronaves tiñen la casa a través de las ventanas como un manto de sangre sobre las paredes. Los protectores del exterior no han de saber lo que sucede aquí dentro. De lo contrario, ya estarían apuntando sus armas desde las afueras de la construcción.

—¿Qué harán ahora? —les pregunto a William y Max—. Afuera está lleno de protectores. No podrán escapar sin ser descubiertos.

—¿Por qué rayos ayudas a estos secuestradores? —demanda Carlos en voz demasiado alta—. ¿Te has vuelto lo...?

William vuelve a cubrir su boca, esta vez se lo agradezco en mis adentros. No quiero pensar en qué pasará si el Cuerpo de Protección se entera de que decidí ayudar a dos criminales.

—Escaparemos por una puerta secreta de la parte trasera —me dice Max—. Debes quedarte aquí con Carlos.

William libera a Carlos sin dejar de apuntarle con el arma. Mi prometido se aproxima a mí. Toma mi cara entre sus manos y me besa una y otra vez.

—¿Cómo estás? —pregunta al alejarse—. ¿Te han hecho daño estos imbéciles?

—Tranquilo, estoy bien. Te explicaré luego.

Max se acerca a nosotros.

—¿Estarás bien? —pregunta cerca de mi oído.

—Nos las ingeniaremos. —Le sonrío—. Gracias por... tú sabes.

Él, al igual que yo, esboza una sonrisa.

Una arriesgada parte de mí siente tristeza de no volver a verlo. Suena tan absurdo que me río de mí misma, pero la sensación de tenerlo cerca es tan peligrosa y excitante a la vez que no quiero perderle el rastro.

Tengo una idea.

Me acerco a él y le doy un abrazo, aunque no es eso lo que quiero en realidad. Ignoro las quejas de Carlos a mis espaldas, saco mi teléfono del bolsillo y lo guardo en el de Max. Por fortuna, mi prometido no se ha dado cuenta, de lo contrario ya habría protestado al respecto.

Max advierte lo que he hecho. Finjo que llevo una mano a la cara y pongo un dedo en mis labios.

—Tenemos que irnos —anuncia William.

Max me mira por última vez. Asentimos el uno al otro. Se da la vuelta con William, corren en dirección a un pasillo de la casa y se pierden en la oscuridad.

—¡Están huyendo! —exclama Carlos a mi lado.

—Déjalos ir —le imploro—. Uno de ellos salvó mi vida.

—¿De qué hablas?

—Te dije que te explicaré más tarde.

Carlos se limita a poner rostro receloso y acercarse a mí para envolverme en sus brazos. Recuesto mi cabeza contra su pecho. Ruego que William y Max puedan escapar sin percances.

—¡Ya pueden subir! —anuncia Carlos.

Los protectores ascienden las escaleras y se nos acercan para verificar que estemos bien. Finjo mi mejor expresión de miedo y de desconcierto.

—¿Se encuentra bien, Alicia? —me pregunta Richard.

—Eso creo... fue una experiencia horrible. —Intento sonar estremecida—. Quiero irme a casa.

Richard entrecierra los ojos. Desvío la mirada antes de que esta me delate. Él no se ha tragado por completo la historia del secuestro; eso puedo asegurarlo.

—¡Oigan todos! —Llama la atención del grupo—. Llevaremos al futuro gobernador y a su prometida al Centro de Seguridad. Necesitamos registrar sus testimonios sobre lo ocurrido. Les pido que sean cautelosos en que nada se filtre a la prensa, no hasta tener esclarecidos los detalles de lo sucedido.

Richard me mira otra vez. Asiento. Carlos está aterrado, o eso aprecio en su rostro.

Los protectores nos encaminan fuera de la casa y nos dirigen a una aeronave. Antes de subir la escalerilla y entrar, vuelvo la mirada y descubro que hay fuego en el interior del hogar de Max.

—¿Qué hacen? ¡No quemem la casa! —grito, horrorizada.

—Es territorio rebelde, señorita —dice uno de los protectores—. Nuestro deber es destruirla.

Intento mantener la calma, aunque quiero protestar. ¡Están quemando el hogar de Max! Se irán sus pertenencias, sus fotografías, sus recuerdos y muchas otras cosas sentimentalmente importantes para él. No puedo permitir que suceda.

Corro hacia la casa. Esquivo a un par de protectores que intentan detenerme en los costados. Me detengo frente a Richard, quien ve la propagación del fuego con una sonrisa espeluznante.

—¿Qué demonios está haciendo? —Pierdo la poca calma que había logrado—. ¡Vi fotografías familiares dentro! No puede quemar el hogar de esas personas, ellos no tienen la culpa de lo que sea que haya hecho Maximiliano.

—Señorita, déjenos hacer nuestro trabajo —reprende Richard—. Hace mucho tiempo que esta casa dejó de ser familiar: la familia de Maximiliano Cervantes murió.

Mi desesperación aumenta. De ser cierto que los familiares de Max murieron, los protectores están destruyendo los únicos recuerdos que le quedan de ellos. Quiero golpear con fuerza a todos los que me rodean.

—¿Por qué hacen esto? —pregunto, incapaz de ocultar mi tristeza—. ¿Qué es eso tan malo que hizo Maximiliano para que ustedes actúen de esta manera?

Richard ríe en tono siniestro.

—Maximiliano Cervantes es uno de los terroristas más peligrosos y buscados de todo el país —revela—, y el único miembro de su familia en no ser eliminado todavía.

Un terrorista...

Debí imaginarlo.

Y no es eso lo que más me descoloca de lo que acaba de decir Richard.

—¿A qué se refiere con «eliminado»?

Él acerca su rostro al mío y ensancha su sonrisa.

—Matamos a toda su familia —susurra entre dientes—, y pronto lo mataremos a él también. Bienvenida al mundo real, Alicia Scott.

Mis ojos se abren a más no poder.

Nunca antes he sentido tanto miedo.

Los protectores son más despiadados de lo que había imaginado.

Estamos a bordo de la aeronave. Desde la cabina diviso que la casa de Max se ha consumido por completo. Fue un incendio perfectamente controlado.

No quiero pensar en cómo ha de sentirse Max en estos momentos. Quizá no sabe lo que ha sucedido, solo corre junto a William en busca de un lugar donde esconderse.

La aeronave emprende el vuelo. Veo el Sector G en toda su extensión. Es tan inmenso que no parece un simple asentamiento sin gobernar; apostaría que es igual de gigantesco que Libertad. ¿Por qué un lugar tan grande es desconocido por la mayoría de los ciudadanos oficiales de la nación? ¿Por qué no estamos al tanto de lo que sucede aquí? Supongo que los gobernadores quieren hacernos creer que el país entero está bajo control a pesar de contar con un asentamiento carente de vigilancia. Quieren demostrarnos que tienen poder absoluto sobre el G, cuando en realidad es tan grande e incontrolable que, en cualquier momento, su gente podría invadir las calles de las ciudades oficiales y realizar manifestaciones caóticas.

La aeronave se aleja del límite aéreo del G. Sobrevolamos las llanuras que se extienden desde el sector que acabamos de abandonar hasta Nueva Madrid, la ciudad más cercana. Uno de los protectores anuncia que descenderemos en el Centro de Seguridad de aquella ciudad. En el Centro de Libertad las noticias se esparcen con rapidez. Es una suerte que no nos lleven a él. No puedo permitir que el gobernador Scott se entere de lo que sucedió. Más bien, no puedo dejar que nadie se entere.

Carlos duerme sobre mi hombro. Por momentos olvido que ya es un adulto y lo sigo viendo como a un niño que necesita contención. ¿Cómo sería él de haber nacido en una familia diferente? No es difícil de imaginar. Tal vez sería un joven correcto y sin grandes complejos o inquietudes; sus únicas problemáticas serían elegir una carrera rentable o una en donde se sintiera cómodo y feliz.

Él no ha elegido la vida que tiene, y yo tampoco. Lamentablemente, no podemos escoger los rumbos que tomaremos a futuro. Nuestros destinos están designados y escritos con tinta permanente, no hay nada que podamos hacer para escapar de nuestras responsabilidades. Seremos un dúo poderoso que vivirá bajo la crítica y el escrutinio constante de toda una población.

Quizás, aunque me duela pensarlo, nuestros hijos serán igual de infelices que nosotros.

Un protector entra en la cabina e interrumpe mis pensamientos sobre una vida miserable.

—Señorita Robles, hemos llegado.

Sacudo a Carlos para despertarlo. No sé cómo pudo seguir durmiendo después de la experiencia que vivimos en la casa de Max. Digo, la que solía ser la casa de Max.

La aeronave aterriza en la azotea del Centro de Protección, uno de los edificios más altos y protegidos de Nueva Madrid. La ciudad luce casi mágica desde las alturas. No es tan amplia o tecnológicamente avanzada como Libertad o como Andrómeda, pero me fascina su arquitectura inspirada en la ciudad preguerra que lleva por nombre.

Cuando ingresamos al edificio los protectores nos conducen a un elevador. Descendemos hasta la primera planta de la construcción, en donde todo es movimiento y vanguardia. En el centro del lugar se alzan cientos de pantallas planas que muestran imágenes en vivo de la ciudad. Protectores deslizan sus dedos por paneles táctiles y les indican a las cámaras espía

los movimientos que deben efectuar para tener una perspectiva completa y detallada de las zonas que transmiten. Recordar que somos observados de igual manera en las calles de Libertad me produce escalofríos. Es una suerte que Esperanza y el Sector G no cuenten con tal nivel de vigilancia o habría sido descubierta por el Cuerpo de Protección apenas descendí del taxi en la entrada del G.

Recorremos los pasillos en camino a la sala de testimonios. Los protectores nos conducen a Carlos y a mí con una delicada mano en nuestras espaldas, diferente a cómo seríamos tratados de ser criminales: nos arrastrarían como animales sin ninguna preocupación por nuestro bienestar.

No debería ser tratada de buena forma. Hoy cometí un acto criminal, ayudé a dos terroristas a escapar de las autoridades. De haber sido descubierta, y de no ser la prometida de un futuro gobernador, recibiría el mismo trato que los delincuentes del país.

Llegamos a las afueras de la sala. Carlos es el primero en entrar, así que me toca esperar en uno de los asientos acolchados del pasillo. Dos protectores se sientan junto a mí y me preguntan en todo momento si estoy bien. Me limito a guardar silencio y fingir que sigo estremecida por lo ocurrido en el G. En el fondo, estoy nerviosa por lo que sea que haya sucedido con Max.

Miro en todas las direcciones del pasillo. Busco lo que sea que me distraiga. Junto a la puerta de la sala de testimonios hay un afiche sobre la importancia de curar la enfermedad prohibida. A lo largo de mi vida, no he sabido de muchas personas que la porten, pero sé que han de vivir un infierno. ¿Cómo será sentirse atraída por una persona indebida? Ha de ser una tortura.

Otro cartel en la pared anuncia el famoso y esperado día de las reproducciones sexuales obligatorias, y uno a su lado recuerda la importancia de procrear en nuestra sociedad «pequeña». Algo capta mi atención a la distancia: un protector me hace señas al final del pasillo. Si no me equivoco, quiere que vaya en secreto hasta él. Algo me dice que tiene algo peligroso e importante que decirme.

La curiosidad vence. Me arriesgaré.

—Disculpen, ¿podría ir al baño? —le pregunto a los protectores que están a mi lado—. Es urgente.

—Claro, la acompañaremos si lo desea —ofrece uno de ellos.

—No es necesario, puedo ir sola.

—¿Está segura? —inquire el otro protector.

—Sí, estoy bien.

—Procure volver cuanto antes, en cualquier momento le tocará ser interrogada.

Me encamino al final del pasillo y doblo en la esquina. El protector avanza un poco más. Lo sigo hasta llegar a una zona vacía en la que quedamos a solas. Allí, examino al extraño: tiene el pelo rubio y ojos claros, es alto y de semblante serio. No ha de tener más de veinticinco años.

—¿Alicia Scott? —pregunta en susurros.

—Robles, no Scott.

—Disculpa, yo...

—¿Qué quieres? ¿Por qué tanto misterio?

El protector comprueba los alrededores con indudable nerviosismo.

—Tengo un mensaje de Max para ti —musita.

—¿De Max?

—¡Shhh! Baja la voz, por favor. Hay micrófonos de vigilancia cerca de aquí.

—¿Por qué tienes contacto con Max? —demando, también en susurros.

—Soy...

—¿Eres?

—Soy un rebelde infiltrado —dice él.

Es imposible no asombrarme. Nunca pasó por mi mente la remota idea de que un rebelde podría formar parte del Cuerpo de Protección. ¿Hay más infiltrados como él? ¿Qué tan reducido es el número de supuestos terroristas en realidad?

—¿Qué haces en un lugar como este? —pregunto—. ¿Sabes que podría hacer que acaben contigo en un abrir y cerrar de ojos?

El miedo invade su rostro.

—Max dijo que podía confiar en ti —confiesa el infiltrado.

No sé por qué esas palabras me hacen sentir bien. Max confía en mí sabiendo que soy la prometida de un futuro gobernador. Tal vez pudo percibir que soy diferente a los de mi círculo social.

—¿Cuál es el mensaje? —inquiero sin más.

—Él quiere que sepas que está a salvo. Me llamó apenas tuvo oportunidad y me rogó que te dijera que buscará refugio en casa de uno de los nuestros.

—¿De los suyos?

—También dijo que te explicaría más adelante —agrega—. Quiere que ustedes se reúnan.

¿Que nos reunamos? Esa es una propuesta suicida, no debe hablar en serio.

Aunque, siendo sincera, una parte de mí desea volver a verlo.

—¿Señorita Robles? —La voz de uno de los protectores que me custodiaba en los asientos irrumpe en el pasillo. El rebelde infiltrado escapa por el lado contrario y me deja a solas con el protector.

—¿Está todo bien? —pregunta él.

—Sí, me perdí mientras buscaba el baño. —Fuerzo una risa—. Un amable protector me ayudaba, pero usted puede ayudarme en su lugar.

—Tendrá que ir al baño más tarde, porque ya es hora de dar su testimonio.

Regresamos al pasillo de la sala de testimonios. Carlos está de pie junto a la puerta en compañía de unos cuantos protectores. Richard sonríe al verme.

—Es su turno, Alicia —anuncia.

Solo él y yo entramos en la sala. En su interior no hay más que una mesa de vidrio con dos sillas metálicas en lados opuestos y una cámara de múltiples lentes en un costado de la habitación. El lugar está iluminado con luz incandescente similar a la de un cuarto de hospital.

—Tome asiento, por favor —ofrece Richard en tono cordial, casi irónico.

Nos sentamos frente a frente. La cámara emite el ruido característico de enfoque. Miro en su dirección: una luz verde titila sobre uno de los lentes, lo que indica que está encendida.

—Creo que no queremos que esta sesión sea grabada —dice Richard, sarcástico—. Cámara, apágate.

La luz verde de la cámara se apaga apenas reconoce el comando de voz. Trago saliva. Espero estar equivocada, pero creo que Richard desconfía de mí.

Decido tomar ventaja.

—Quiero pedirle algo —mascullo.

Él arquea las cejas.

—¿Qué?

—Quiero que me prometa que nadie se enterará de que fuimos raptados, ni siquiera los señores Scott.

Richard ríe con sorna.

—¿Por qué debería hacer lo que me pide?

Me armo de valor. Aquí voy.

—Porque, en unos años más, mi novio será el gobernador de la nación. Y, como primer mandato, voy a convencerlo de ordenar que usted acabe enterrado en una zanja de excremento de no hacer lo que le pido. ¿Entendió o necesita más detalles?

Richard me observa con cierta admiración.

—Tienes carácter, niña. —Sonríe—. Eso me gusta. De acuerdo, lo que sucedió quedará entre nosotros. ¿Alguna otra petición?

—Quiero que me revele los crímenes cometidos por Maximiliano Cervantes y su familia. —Intento no sonar demasiado intrigada.

—¿Por qué tanto interés?

—Quiero saber quién es el desquiciado que me secuestró, eso es todo.

Richard sabe que miento, y lo disfruta.

—Maximiliano Cervantes es uno de los criminales cibernéticos más buscado del país — revela sin rodeos—. Maneja uno de los medios ilegales de información más peligrosos. Al igual que algunos miembros de su familia, él ha estado involucrado en movimientos terroristas.

—¿Por esa razón los asesinaron?

—Esa fue una situación que se nos escapó de las manos —asegura Richard, pero no le creo.

—Max tenía hermanos, o eso aprecié en las fotografías de su casa. ¿Qué culpa tenían ellos de lo que hicieron los adultos?

—Esos niños iban a ser criminales a futuro. —Hace una mueca de disgusto—. Créeme: los enviamos a una mejor vida.

Podría lanzarme sobre él y golpearlo una y otra vez. Este hombre es un sádico. Los protectores son sanguinarios. Este maldito sistema está errado. Lo peor de todo es que Carlos y yo no tendremos más opción que aprender a vivir con ello.

Finjo una sonrisa que no delate la ira que incinera mis adentros.

—No se preocupe, Alicia Scott —dice Richard al cabo de unos segundos—. Atraparemos a Maximiliano Cervantes... o como él suele hacerse llamar; Dragón Rojo.

CAPÍTULO 9

DAVID

El dolor que siento es poderoso y peligroso. No experimentaba este pesar desde hace mucho tiempo, tanto que apenas recordaba lo intenso que era. El fantasma de Michael ha

regresado con fuerza y me tortura de tal forma que no puedo dejar de llorar ni de temblar. No será fácil reponerme tras desempolvar ciertos recuerdos que me esforcé en ocultar en el penumbroso lugar de mi mente al que no me gusta acceder. Cada trauma sale a flote, cada pesadilla vuelve a la vida.

Abrazo con fuerza a Aaron, el desconocido que hace algunas horas se alejaba de mí como si mi piel fuera tóxica y que ahora me aferra cual padre a un hijo aterrado. Sé que su repentina cercanía no es más que un resultado de la lástima que le provoqué, pero no me importa. Necesito su contacto.

Es inevitable no sentir la culpa en mis entrañas al pensar en la muerte de quien tanto amé. Debí ser yo quien recibiera una bala, no él. No la persona que arriesgó su vida con tal de rescatarme cuando intentaron transformarme. No la persona que me salvó de un futuro que, probablemente, no me habría hecho feliz.

No obstante, ¿soy feliz ahora? ¿Lo soy sin él? No.

Cada día desde su partida ha sido una lucha contra la infelicidad. Últimamente creía que estaba superado. Pensé que había logrado escapar del abismo, pero hoy volví en caída libre hacia el fondo.

El llanto se intensifica al darme cuenta de que también han vuelto los pensamientos suicidas que me acompañaron desde la partida de Michael. Aaron, consciente de mi sufrimiento, aumenta la presión de su abrazo y susurra palabras que apenas puedo escuchar. Aunque no comprendo qué dice, su apoyo amaina mi tormento. Poco a poco mis temblores se detienen y la oscuridad se disipa.

Sin embargo, al abrir los ojos y observar la pantalla gigante de la pared, el dolor retorna. La imagen de las montañas nevadas me mortifica. Me resulta imposible no pensar en el motivo por el que decidí establecerla como fondo de pantalla.

Todo sucedió hace aproximadamente cinco años, en uno de esos días en los que mi destino se vio definido. Michael y yo nos encontrábamos dentro de la cámara de realidad virtual de su casa. Estas son tan costosas que no cualquiera puede adquirirlas, pero, a pesar de ello, los arkanos las compramos para proyectar fantasías visuales que quizá nunca se harán realidad.

La habitación tenía pantallas gigantes en las paredes, en el techo y sobre el suelo. Cuando la cámara estaba apagada, las paredes lucían como simples telas negras y, cuando se encendían, parecía no haber bordes ni muros. Aunque no podíamos ir más allá de los límites del cuarto, podíamos imaginar que nos hallábamos en un espacio diferente. La cámara simulaba los olores, la temperatura y muchos otros aspectos que entregaban una sorprendente ilusión de realidad.

La vida parecía simple en el interior de la cámara de realidad virtual, pero no todo era paz entre Michael y yo. Se aproximaba el día de las reproducciones sexuales obligatorias y eso significaba que tendríamos que renunciar a nuestro amor y olvidar lo que sentíamos el uno por el otro.

Llorábamos juntos la mayor parte del tiempo. Nuestra relación había cambiado lo suficiente como para que yo notara que algo estaba mal. Michael se había vuelto frío y distante; en ese entonces, no sabía si era porque el noviazgo acabaría pronto o porque me

ocultaba algo importante. Actuaba de forma sospechosa, se puso un tanto fornido y escondía secretos que, por más que yo insistía, él se negaba a contar.

Ese día, dejé de lado mis inquietudes y me dispuse a gozar de un par de horas de tranquilidad junto a mi amado. Nos encontrábamos en el claro de un valle virtual libre de contaminación, sentados sobre una manta junto a una canasta de frutas coloridas y un par de hamburguesas de carne no artificial. Las frutas y la carne olían tan bien que me apenaba que no fuesen más que emulaciones, y el ambiente era tan pacífico que deseaba poder volverlo real y pasar mis días allí, junto a Michael, incluso si no estábamos solos en el claro. Muchas familias celebraban días de campo a unos cuantos metros de distancia. Niños corrían de un lado a otro, aves reales volaban por el cielo y una brisa sin toxicidad revolvió el cabello de los presentes. Lo más maravilloso era que Michael y yo nos besábamos y a nadie le importaba. Era nuestra propia utopía, una que deseaba con todo mi corazón.

—¿Qué tal si cambiamos a un ambiente un poco más solitario? —propuso Michael de repente. Me miraba con una expresión pícaro.

Puse los ojos en blanco y reí.

—¿Qué quieres ahora? ¿Cita en un café de París o en algún bosque de la Patagonia?

—Quiero el paisaje de las montañas nevadas —respondió junto a una sonrisa.

Era su paisaje favorito, y se convirtió también en el mío desde entonces.

Tomé el control de la cámara, deslicé un dedo por la pantalla táctil del dispositivo y busqué el paisaje virtual que él tanto amaba. En cuestión de segundos, el ambiente cambió y nos transportamos hacia lo alto de una montaña. Parecía que hacía frío, así que ajusté la temperatura de la cámara y la dejé un poco más baja de lo normal para no perder la sensación de estar realmente allí.

—¿Por qué amas tanto este lugar? —le pregunté a Michael mientras contemplábamos el horizonte anaranjado. Pronto llegaría la noche.

Él meditó con ojos cerrados. Pensé que no había escuchado mi pregunta, hasta que respondió:

—Porque no existe lugar más libre en el mundo que en lo alto de una montaña. Aquí todo es soledad, brisa, silencio y calma. En el mar hay olas y estruendo. En el bosque hay insectos y animales, ¡y ni hablar de la ciudad! Aquí, en cambio, no hay nada. Solo somos tú y yo perdidos en lo alto de la Tierra.

Me gustaba su forma de ver el mundo. Las piezas del rompecabezas llamado «vida» parecían encajar cada vez que él hablaba.

De pronto, Michael llevó las manos a la cara para ocultarse de mí. Lo obligué a descubrirse el rostro y noté lágrimas en sus ojos.

—¿Qué ocurre? —Limpié sus mejillas.

—Tú sabes. —Se lanzó a mis brazos con urgencia.

Lo contuve como a un niño, tal como me contiene Aaron en este momento. En ocasiones, Michael perdía la seriedad adquirida y volvía a ser el chico frágil del que me había enamorado.

—Todo estará bien —prometí—. En unos meses, la Cura te ayudará a olvidar el dolor.

—¿Cómo puedes hablar así? —Se levantó de golpe. Yo también—. ¡No quiero olvidarte, David! ¡No quiero hacerlo y nunca querré!

—¿Qué pretendes que hagamos? —Soné enojado, pero no lo estaba. En realidad, me sentía destrozado—. ¿Qué opción tenemos?

Michael dudó por tantos segundos que tuve la certeza de que propondría algo arriesgado.

—Podemos escapar —musitó como si alguien pudiera escucharnos.

—¿Escapar? —Mi corazón se aceleró.

—Conozco un modo de hacerlo. —Sostuvo mi mirada sin siquiera pestañear—. Si estás dispuesto, huiremos juntos y dejaremos todo atrás. ¿Qué dices?

Su oferta fue tan sorprendente que me dejó perplejo. No creí que fuera posible escapar, mucho menos que existiera una forma de burlar el sistema; pero resolví que lo mejor sería intentarlo, porque no quería olvidarme de él. No quería olvidar su risa, tampoco su llanto. No quería olvidar la forma en que bostezaba al despertar o el modo en el que arrugaba el rostro al enojarse. No quería olvidar su expresión de añoranza al observar el cielo ni todas las memorias que construimos juntos en nuestras noches de ensueño. No iba a permitir que me arrebataran su recuerdo.

—Huyamos —asentí.

Michael sonrió, pero sus ojos se empaparon de lágrimas otra vez. Nos besamos con pasión y nos acogimos el uno al otro en nuestros brazos.

—Huiremos si prometes que me amarás para siempre —exigí al separar mis labios de los suyos.

—Hasta el fin de mis días —declaró.

Después, nos amamos hasta que nuestros cuerpos nos rogaron por un descanso.

Las semanas que siguieron fueron algunas de las más hermosas de mi existencia. Desde que la huida se volvió una posibilidad, mi relación con Michael volvió a ser tan intensa como antes. Teníamos un futuro entre manos; ya no era necesaria la frialdad ni la distancia. Decidimos pasar una vida juntos, a pesar de los riesgos a los que nos expondríamos solamente por querernos.

Varios de los días que nos quedaron antes de las reproducciones obligatorias los pasamos en la cámara de realidad virtual con el mismo escenario de siempre: las montañas nevadas. Nuestro amor crecía tanto como el miedo, pero ya no sufríamos en silencio a causa del final. Pensábamos que pasaríamos la vida entera juntos. Nunca imaginamos que la muerte acudiría unos años después.

Recordar el día en que le conté a mis padres sobre mi verdadera orientación sexual es tan triste como pensar en Michael. Los golpes que papá me dio me dolieron por semanas, pero el mayor de mis dolores no fue físico. Hasta el día de hoy tengo grabado cada segundo de la tarde en la que mis progenitores me miraron con temor y repugnancia. Dudo que haya estado bien contarles la verdad delante de Jordan, mi hermano menor, pero no quería que le mintieran sobre el motivo de mi desaparición. Quería que supiera que su hermano se marcharía debido a la «enfermedad» que sus gobernantes buscaban erradicar, no porque decidí abandonarlo. Quería que creciera conociendo a la clase de monstruos que lideran nuestro país, aquellos que obligan a las personas como yo a huir de casa para no perder su esencia.

La misma tarde que dije la verdad, papá me golpeó hasta dejarme inconsciente y llamó a los protectores para que vinieran por mí. No tuve oportunidad de defenderme, de luchar o de escapar; cuando desperté, ya estaba en esa maldita camilla en la que sentí un terror que nunca olvidaré. No hacía falta espabilar y preguntar qué sucedía para entender lo que pretendían hacerme.

Mi corazón jamás latió tan rápido como cuando estuve a punto de ser curado. Me avergüenza pensar que, por un lado, me habría gustado eso, porque así habría olvidado a Michael y no sufriría por culpa de su ausencia.

Quizá, todo sería mejor si me curaran y...

Demonios, ¿qué está mal conmigo? ¡Por ningún motivo la Cura es una buena opción! No, definitivamente no. Curarme significaría renacer y vivir una mentira hasta el día de mi muerte. No soy feliz, pero al menos soy yo mismo.

No he podido dejar de extrañar los días que viví con Michael luego de que me salvó de ser curado, sin embargo, no deseo olvidarlos. Si bien apenas dormíamos en las noches debido al temor de ser atrapados, cada segundo valía la pena.

Por desgracia, es tiempo de dejarlo ir y no volver a desempolvar sus recuerdos.

Me siento bien entre los brazos de Aaron. No recuerdo la última vez que permití que alguien me tocara para consolarme. Ni siquiera a mi mejor amigo le permito aferrarme de esta forma cuando más lo necesito. Tal vez este chico que hace horas me temía sea la respuesta a mi infelicidad. Puede que nuestros caminos se hayan cruzado por obra del destino y que no exista casualidad tras este encuentro. Quizá decidí traer a Aaron conmigo no solo porque necesitaba revelarle unas cuantas verdades, sino porque mi corazón intuyó que él es el indicado para sacarme del pozo sin fondo en el que he estado cayendo desde hace años.

Levanto la mirada para examinar su rostro. No cabe duda de que es guapo. Aún tiene cara de adolescente, pero eso no evita que me parezca atractivo. No pensé que me toparía con alguien tan apuesto cuando le propuse que nos reuniéramos en el muelle de cristal.

Me gustaría conocerlo mejor y que nos convirtiéramos en grandes amigos; quién sabe, tal vez algo más.

Sacudo la cabeza un poco. Lo que más necesito ahora es tumbarme sobre una almohada y olvidarme de la realidad por unas horas. Estoy agotado mentalmente. Traer recuerdos dolorosos a la luz ha consumido mis energías.

Debería pedirle a Aaron que se vaya, pero las palabras no salen de mi boca. Es posible que no vuelva a verlo después de esta noche. Le he dado un susto de muerte y no querrá tenerme cerca otra vez. Es obvio que el contacto que tenemos ahora no es más que un apoyo generado por la empatía que ha de sentir hacia este pobre sujeto solitario que perdió a quien más amaba por ser «diferente».

Podría pedirle que se quede. Podría rogarle que duerma a mi lado por lo que resta de la noche, que tome mi mano hasta el amanecer y que desayunemos juntos entre risas y miradas. Podría pedirle que me cuente cada detalle de su vida, que me confiese sus mayores sueños para así buscar el modo de hacerlos realidad. Podríamos vivir días de júbilo como los que tuve con Michael. Podríamos intentar construir la vida plena y despreocupada que siempre he deseado.

O podría dejarlo ir y motivarlo a buscar una vida mejor que la que puedo ofrecerle. Podría dejarlo ir y no arriesgar su integridad como arriesgué la del chico de mis sueños. Podría dejarlo ir y que él mismo busque la forma de salvarse de la Cura. Podría no pretender ser el superhéroe que apenas es capaz de protegerse a sí mismo.

Sé que debería ordenarle que se largue, pero no es lo que quiero. Incluso si mi mayor necesidad es dormir, por esta noche me urge disfrutar de la compañía del extraño que me produce una gran curiosidad. Por cómo acaricia mi cabello de una forma tan íntima e inesperada, puedo asegurar que le gustaría estar aquí hasta mañana o, al menos, pasar unas cuantas horas más a mi lado para velar por mi tranquilidad.

Entiendo que no sería correcto presionarlo. Pedirle que se quede le haría pensar que necesito que lo haga, y es así, pero no quiero dejarlo sin opciones. Si se queda, debe ser porque él lo ha decidido de manera voluntaria y no por una cuestión de lástima.

Sin duda, debo rogarle que se marche, aunque lo que más anhelo es que permanezca a mi lado esta noche y mil otras más.

CAPÍTULO 10

AARON

David dejó de llorar, pero todavía me abraza. Llevamos más de una hora tumbados en el suelo sin soltarnos. No es como si yo quisiera apartarme ahora; a decir verdad, su contacto me re-
conforta.

Es la primera vez que tengo una proximidad extensa con otro hombre, y probablemente la última. Experimentar esta conexión con una persona de mi sexo se siente tan excitante y prohibido a la vez que no puedo hacer más que dejarme llevar y entregarme en total rendición.

Resulta irónico que nos abracemos, porque sentía que lo odiaba hace unas horas. Si bien no empezamos de la mejor forma, ahora veo las cosas de un modo diferente. Él no es una mala persona. Renunció a su familia y a una vida estable por amor. Luchó contra un sistema estructurado por ser fiel a sus sentimientos y prefirió ser él mismo que matar una parte suya. Una persona así no puede ser mala.

—¿Te sientes mejor? —le pregunto.

David levanta su rostro para verme a los ojos. Está recostado sobre mi pecho. Sus brazos rodean mi espalda; su cara luce hinchada y enrojecida a causa de las lágrimas.

De un segundo a otro, se pone de pie con incomodidad.

—Disculpa, no debí abrazarte. Sé que no te gusta mi contacto. —Se niega a verme a los ojos.

—No te preocupes. —Esbozo una media sonrisa—. Necesitabas contención.

Cientos de colibríes robóticos revolotean en mi estómago, un bochorno sofocante recorre mi cuerpo de la cabeza a los pies. David no parece sentir lo mismo: luce distante y ofuscado. Abrió una vieja herida y todo indica que costará volver a cerrarla.

—¿Estás bien? —Me aproximo un poco a él, pero retrocede.

—No te acerques, por favor.

—¿Que no me acerque? Estuvimos abrazados por tanto tiempo que apenas sentía las piernas. ¿Qué pasa?

Él dirige la mirada hacia la imagen de las montañas nevadas. Se pierde en ella como si una parte suya abandonara la habitación y se transportara al paisaje en cuestión.

—Yo... creo que deberías irte —dice al salir del trance.

Trato de asimilar sus palabras sin desbordarme de ira.

—¿Irme?

—Será lo mejor. No estoy bien, necesito un tiempo a solas.

—¿Quién crees que eres? —demando, incapaz de contenerme—. ¿Piensas que puedes traerme aquí a la fuerza, mostrarme unos cuantos recuerdos impactantes que cambian mi percepción de la realidad y dejarme ir como si nada hubiera pasado? ¡Vaya forma estúpida que tienes de hacer las cosas, imbécil!

David ríe tan fuerte que, por un momento, parece olvidar que lloró a mares durante más de una hora.

—Y ahora te ríes —resoplo—. Eres el sujeto más extraño e insoportable de todo Arkos.

—¿Yo? Mira quién lo dice. —No para de reír.

—¿Podemos hablar en serio? Creo que hay mucho que debes contarme, tengo más dudas que antes.

Su sonrisa vuelve a esfumarse.

—Está bien, puedes quedarte —suspira—. Hay mucho de qué hablar, pero ¿puedo pedirte algo antes de iniciar?

—¿Qué?

—¿Me permites abrazarte otra vez?

Su tono es tan dulce y suplicante que no podría negarme a aceptar. Esbozo una débil sonrisa como asentimiento y él lo hace. Permanezco inmóvil por unos segundos, aún no sé cómo reaccionar ante él.

El último abrazo extenso y cariñoso que compartí con alguien del mismo sexo fue con Carlos. Recuerdo que lo encontré llorando en el baño de la preparatoria hace unos años, demasiado agobiado por su estricta rutina de futuro gobernador. Lo abracé del mismo modo en que lo hice con David hace minutos: tumbados en el suelo y escondidos como criminales.

Carlos y yo compartimos muchos momentos íntimos que podrían considerarse «extraños». Sé que él no siente atracción por otros hombres, pero sé también que no es del todo normal. Aun así, sus abrazos no se sentían como el que comparto en estos momentos. El abrazo con David conecta nuestras almas de una forma indescriptible. No encuentro las palabras adecuadas para expresar cómo se siente.

Sin pensar con claridad, envuelvo mis brazos alrededor de su cuello. Siento su respiración junto a mi oído, lo que provoca un cosquilleo excitante en mi estómago. Él reposa su cara

sobre mi hombro y no hago esfuerzo alguno por apartarlo. Me siento tan desorbitado que apenas recuerdo el mundo real. No somos más que cuerpos que se tocan en la oscuridad como si no hubiera prohibiciones de por medio.

David quita su rostro de mi hombro y me mira a los ojos algunos minutos más tarde. Está nervioso, o eso veo. Nuestros labios tiemblan, nuestras respiraciones son jadeantes.

A pesar de que él es un extraño al que conocí hace pocas horas y cuya vida corre riesgo en todo lugar y momento, nada parece importarme ahora... porque nunca me sentí más vivo.

Acerco mis labios a los suyos, sorprendido de mí mismo. Es como si un nuevo Aaron cobrara vida: uno libre y dispuesto a saltar desde el más alto precipicio a lo que sea que se halle en el fondo.

Nuestras bocas están a solo un par de centímetros de distancia. Ambos respiramos con dificultad, ansiosos por entregarnos sin privación en un primer beso.

Cuando nuestros labios están a punto de unirse, David se aparta de mí.

—No puedo hacerlo —dice tras alcanzar una lejanía prudente.

Siento exactamente lo que ha de sentir Caroline cada vez que me niego a amarla: el rechazo se clava en mi corazón como una daga afilada.

Fui un tonto. ¿Qué me hizo pensar que él mostraría interés por un desconocido? ¿Cómo podría fijarse en otro hombre cuando tiene una historia de amor reciente, dolorosa e intensa detrás? En cierto modo, lo entiendo. La herida que generó la muerte de Michael no ha cicatrizado. Revivir tantos recuerdos suyos no ayudó en lo absoluto.

—Perdóname —implora con tristeza—. No debería, yo...

—No te preocupes. —Fuerzo voz despreocupada—. No debí dejarme llevar así. ¿Sabes qué? Creo que sí debería irme.

—¡No! Por favor, quédate.

—Querías que me fuera hace un par de minutos —le recuerdo—. No te entiendo.

Él solo ruega con la mirada y me envuelve en sus brazos nuevamente. Y yo, débil e inocente, se lo permito.

No sé si podré evitar su contacto otra vez.

—Michael era un rebelde.

Me siento junto a David frente a la imagen de las montañas nevadas y de dos tazas de café que descansan sobre una mesita de cristal. No tenemos más luz que la proveniente de la pantalla gigante.

—¿Un rebelde?

—Un rebelde —repite—. Hay un gran movimiento revolucionario entre nosotros, Aaron. Se ha formado desde mucho antes de que tú y yo nacióéramos, y cada día aumenta su fuerza.

Ahora es oficial: sí existen concentraciones rebeldes en el país. La confirmación me aterra y me alegra al mismo tiempo. Me aterra porque es algo peligroso, pero me alegra porque es esperanzador.

—¿Cómo te enteraste de que Michael formaba parte del movimiento? —inquiero, intrigado. Quiero saberlo todo.

La expresión de David se torna triste y sombría. Hablar sobre Michael significa echar sal en sus heridas.

—No supe que él era un rebelde hasta que me rescató en el quirófano —contesta—. Sabía que él actuaba extraño en los últimos meses, pero nunca imaginé que se debía a que estaba involucrado en movimientos prohibidos.

Entiendo lo que debió sentir al enterarse. Ha de ser la misma combinación de miedo y esperanza que siento yo ahora.

—¿Qué buscan los rebeldes? —No puedo evitar sonar asustado al preguntarlo.

—¿Acaso debo responder esa pregunta? —David ríe con desgano—. Solo analiza la sociedad en la que vivimos, Aaron. Todo es una mentira.

—Explícate, por favor. —Me estremezco.

—Por dónde empezar... Creo que lo primero que debes saber es que la enfermedad prohibida es una farsa, aunque eso ya lo adivinaste. Lo que nos caracteriza ni siquiera lleva por nombre la palabra «enfermedad».

—¿Y cuál es la palabra?

Él me mira a los ojos antes de responder.

—Homosexualidad.

La palabra se oye tan prohibida que me daría miedo pronunciarla.

Tantos nuevos conceptos y verdades me están mareando. ¿Qué viene en el futuro ahora que sé lo que soy en realidad?

—¿Sabías que en la sociedad preguerra había miles y miles de homosexuales? —pregunta David. Hay melancolía en su voz.

—No.

—Éramos muchos, Aaron. Miles en cada lugar del mundo.

—¿Hablas en serio?

—La homosexualidad se volvió totalmente aceptable en el mundo a fines del siglo XXI —musita—. Los homosexuales vivían en libertad en ese entonces en casi todos lados. La humanidad era más tolerante, la discriminación había dejado de ser tan común y las diferencias no eran tan marcadas como ahora o hace siglos.

Oír de tal sociedad enciende una chispa en mis adentros. Pensar en un mundo sin la Cura me llena de ilusión.

—¿En qué momento cambiaron las cosas? —consulto, a pesar de que imagino la respuesta.

El semblante de David se vuelve a endurecer.

—Como has de saber, la Gran Guerra Bacteriológica cambió todo. Cuando Rusia y Estados Unidos se atacaron con armas biológicas, la situación escapó de su control. Liberaron numerosos virus letales que se esparcieron por el mundo con tal rapidez que, en solo un par de años, la población ya se encontraba reducida casi en su totalidad.

Me angustia oírlo hablar de las muertes. Pienso en la gran cantidad de familias que perecieron tras la catástrofe y mi corazón se oprime.

—Arkos fue creado mucho antes de la Guerra Bacteriológica —revela David—. Los presidentes de algunas de las naciones más poderosas sabían que un conflicto inmenso se avecinaba, así que tomaron precauciones. ¿Sabías que, en un principio, Arkos solía ser un refugio subterráneo?

—Nunca oí sobre ello.

—Fue el único modo de resguardar a la humanidad tras la catástrofe. El aire y las aves transmitían virus y bacterias desde los demás continentes, por lo que vivir en el exterior no era seguro para nadie.

Al imaginar a nuestros antepasados viviendo entre las sombras, sin ver la luz del día, me siento un poco afortunado de contar con grandes espacios en la superficie. No soportaría vivir más atrapado de lo que ya estoy.

—¿Cuándo se volvió seguro el exterior? —pregunto. Mi sed de información aumenta tanto como mi asombro.

—Cuando crearon el cielo artificial —responde David—. Nuestro cielo no solo proyecta la ilusión de un cielo real, sino que, además, es una especie de pantalla protectora que filtra las partículas limpias de aire que pasan a través de ella.

—Eso es...

—Increíble, ¿no?

—¿Y por qué esconden la verdad sobre nuestro cielo? —Frunzo el ceño—. ¿Qué razón tendrían para hacerlo?

—Porque la pantalla artificial podría fallar en cualquier momento —susurra David, como si alguien pudiera oírnos—. El gobierno no quiere que la población viva con más miedo del que ya tiene. Un pueblo confiado es un pueblo controlable. ¿Qué razones tendrías para rebelarte si todo en tu vida fuera color de rosa?

Muchas cosas comienzan a tener sentido: nos esconden información para mantenernos controlados.

—Nunca pensé que esta nación guardaría tantos secretos —suspiro.

—Y aún hay mucho que debes saber, como la realidad sobre la reproducción obligatoria, la Cura y lo que pasó con el resto del mundo tras la Guerra. Hay tanto de qué hablar que nos tomaría meses finalizar.

Antes de pedirle que me cuente lo que sabe, el sonido de una voz robótica nos sobresalta. Se trata del sistema identificador de la puerta principal, el que anuncia que hay un visitante en la entrada.

—Ve a mi habitación —farfulla David—. Quédate ahí y no hagas ruido alguno.

Me apresuro en subir las escaleras y, tras hallarme nuevamente en su cuarto, oigo el sonido de la puerta principal en movimiento. Voces agitadas alcanzan mi audición desde la estancia. No sé quiénes son los visitantes, pero si David los dejó pasar es porque han de ser personas de confianza para él.

Transcurren varios minutos de espera. Merodeo por la habitación para distraerme. Descubro una mesita de noche junto a la cama. Abro su cajón y encuentro mi teléfono móvil en el interior. Estaba tan perdido en David que olvidé por completo el aparato.

Está apagado. Él debió apagarlo sin que se autodestruyera. Lo enciendo: tengo diez llamadas perdidas, siete mensajes de texto y cinco mensajes de voz. Las llamadas corresponden a los números de mi padre, de mi madre, de Caroline y de Alicia. El primer mensaje de voz es de mi amiga.

—Aaron, llámame cuando escuches este mensaje. Tengo mucho que contarte.

Suena tan urgida y aterrada que la llamo al instante.

Durante el primer pitido, escucho el tono de llamada del teléfono de Alicia en la estancia de David.

¿Qué sucede? ¿Acaso ella está aquí?

Salgo de la habitación y bajo las escaleras con rapidez. No veo a Alicia en la estancia, pero sí a un chico moreno con el móvil de mi amiga en sus manos. Otro chico de tez oscura y brazos gruesos lo acompaña.

—¿Quién rayos eres? ¿Por qué tienes el teléfono de Alicia? ¿Se lo robaste? ¡Explícate!

David se para entre el desconocido y yo.

—Relájate, Aaron. De ser robado, el teléfono se habría autodestruido en el instante en que escapó de las manos de Alicia.

—El mío no se autodestruyó cuando lo tomaste —refuto—. ¿Pueden explicarme qué está pasando?

—Para empezar, mi nombre es Maximiliano, pero puedes llamarme Max. —Se presenta uno de los visitantes—. Este de aquí es William.

William alza el mentón a modo de saludo. Se cruza de brazos y me escudriña con mirada desafiante.

Una vez que nos presentamos, Max relata lo ocurrido desde que encontró a Carlos en las calles del G hasta que escapó junto a William para llegar aquí.

Quedo pasmado. El destino sabe cómo jugar sus cartas. Ahora, no solo yo estoy involucrado con rebeldes: Alicia también.

Mi vida es incluso más inestable de lo que era ayer. Desde hoy, sé cosas que muy pocas personas saben, conozco verdades que me ponen en peligro y mi futuro es tan impredecible que no sé qué pasará a partir de este momento.

Son cerca de las tres de la madrugada; llegó la hora de regresar a casa. Mis padres han de estar preocupados por mí, y ni hablar de Caroline. Se supone que debería estar en medio del resguardo de las cuatro paredes de mi habitación en Libertad, no en casa de un desconocido que es buscado por el Cuerpo de Protección.

—Ya es hora de irme —anuncio.

William y Max miran a David con recelo.

—Tranquilos, no nos delatará —asegura David—. O... ¿sí? —Sostiene mi mirada, lo que me pone nervioso. Me resulta difícil verlo a la cara sin sentir una incomodidad que me avergüenza.

Dudo ser capaz de delatarlos; no después del golpe de realidad que me dio David. Sé mucho ahora del mundo que me rodea, tanto que estoy en peligro. De ir con los protectores y contarles lo que pasó, fácilmente descubrirán que sé más de lo que debería.

—Pueden confiar en mí. —Les esbozo una débil sonrisa con pesadumbre de fondo.

Será difícil regresar a Libertad. ¿Cómo podré dormir sin pensar en todas las cosas impactantes que me ha revelado David? ¿Cómo conciliar el sueño con el rostro de un extraño dominando mis pensamientos?

No puedo evitar ver a David con cierta curiosidad. Estuve a punto de besarlo hace horas, a un parpadeo de cometer el peor error de mi vida. De hacerlo, habría cruzado la línea de lo permitido y no podría regresar al lado seguro. Temo que, si sobrepaso mis límites, seré incapaz de resignarme a la vida que me tocó o de aceptar la intervención que aguarda por mí.

Si bien esta noche descubrí lo que soy en realidad, no tendría el valor de elegir una vida como la que escogió David. Aunque la Cura no me hará feliz, huir tampoco me entregará el bienestar que necesito. Sopesando ambas posibilidades, entre escapar o cumplir las órdenes y designios de las autoridades, resulta obvia la mejor opción.

William y Max se despiden de mí con un apretón de manos. El de Max es suave y amigable; el de William, en cambio, es duro y hostil. Él no confía en mí, no lo culpo. Yo ni siquiera confío en David. Cada uno de nosotros tiene razones para temerle al otro.

—Creo que ya no puedo retenerte por más tiempo —dice David cuando nota que William y Max están ensimismados en una conversación sobre la redada.

—Ya fue suficiente por hoy, secuestrador. —Mi tono es una mezcla de sarcasmo y regaño.

David agacha la cabeza.

—Sobre eso, quiero pedirte disculpas otra vez. —No se atreve a verme a la cara—. Sé que no debí hacerte pasar un susto como ese.

—Por supuesto que no debiste. No puedes secuestrar a la gente como si nada.

—Lo sé, yo...

—Sin embargo, te debo las gracias —lo interrumpo. Él me mira a los ojos—. De no ser por ti, nunca habría descubierto tanto sobre el mundo que me rodea.

David sonrío. Puedo adivinar que hay una pizca de tristeza en su sonrisa, tal como en la mía.

—Aún hay mucho que debes saber —dice—. Si quieres más respuestas, no dudes en contactarme.

Esperaba que ofreciera algo como eso. La verdad es que me gustaría saber todo lo que desconozco del mundo y de la sociedad arkana, pero estar cerca de él es un riesgo que podría resultar fatal para ambos. Si los protectores lo encuentran, no dudarán en dispararle como a Michael o hacerle lo mismo que a Andrew. Y yo, por mi parte, no quiero acabar como ellos.

—Creo que lo mejor será no volver a vernos. —Me tiembla la voz—. Fue un placer conocerte, David.

No puedo distinguir su expresión. No sé si me mira con pena, confusión o desinterés.

—¿Vas a dejar que te sometan a la Cura? —inquire, un tanto enfadado—. ¿Vas a permitir que te cambien como si fueras un simple objeto?

—¿Qué otra opción tengo? —Alzo la voz sin importar que William y Max me escuchan—. ¿Vivir la vida que llevas tú? ¿Tapar mi rostro, ser perseguido por protectores y esquivar balas? Lo siento, eso no es vida en mi opinión.

—¿Qué has dicho? —interviene William. Max se para frente a él para detenerlo.

—Lo que oíste. Si una vida como la de ustedes es la única opción para salvarme de la Cura, definitivamente me dejaré someter a la intervención. Prefiero eso a vivir entre las sombras del país.

Mientras que William y Max me escrutan con desagrado, David parece estar a punto de llorar. No debí ser tan duro. Sé que esta no es la vida que a él le gustaría vivir. Sin embargo, no tienen por qué importarme sus sentimientos. Él no es más que un peligroso desconocido que debo mantener lejos de mí.

—¿Puedes llevarme a Esperanza? —le pido. Toda melancolía en su rostro es reemplazada por ira.

—Vámonos de una maldita vez. —Se encamina hacia un pasillo y me indica que lo siga.

Llegamos a la parte trasera de la casa. El jardín luce igual de destartado que la fachada. Hay otras casas más allá del muro que rodea el jardín y, según dijo David mientras conversábamos tras la reproducción de recuerdos, dichas construcciones son habitadas por rebeldes. Por fuera lucen como casas deshabitadas y asoladas por el paso del tiempo, pero han de ser tan sorprendentes por dentro como la vivienda a mis espaldas.

David me ordena subir al asiento del copiloto. Me niego a hacerlo.

—Me sentaré en los asientos traseros —espeto—. No me arriesgaré a que me duermas otra vez con el aturdidor.

Con la mínima luz de luna que ilumina el patio, puedo notar que lo he lastimado. Me repito una y otra vez que no debería importarme herirlo, pero se vuelve cada vez más difícil.

—Como quieras. —Él resopla y se dispone a encender el automóvil con el comando de voz requerido.

Me acomodo en los asientos traseros. David enciende una tenue luz que nos permite vernos a través del retrovisor. Antes de partir, detiene sus ojos en los míos. Trato de mostrarme lo más severo posible. Siento como si él me hablara con la mirada y me rogara que aceptase volver a verlo en el futuro. Una parte de mí, aquella que disfruta de la adrenalina de lo prohibido y de lo desconocido, quiere con todas sus fuerzas no perder contacto. La parte racional, a diferencia de la anterior, me incita a regresar a casa, a olvidar lo que sucedió esta noche y a prepararme para una vida sin grandes peligros por delante.

David arranca el vehículo. Luego de abandonar las calles más destartadas, nos adentramos en otras que podrían confundirse con calles de Esperanza. Los rumores malintencionados de Libertad, alimentados por el gobierno y por el Cuerpo de Protección, hablan del G como un sitio completamente desahuciado que no debería ser visitado por ningún habitante de las ciudades oficiales. Pero aquí, en estas calles alejadas de los límites, las casas son coloridas y de apariencia acogedora. No se asemejan a la elegancia y a las tonalidades sobrias de las viviendas en Libertad o de las demás ciudades, en las que los diseños arquitectónicos se guían por la vanguardia incluso en los sectores pobres. Aquí la gente no les teme a los colores.

Pensar que podría haber más personas como David y yo en las calles del G vuelve imposible no sentir una especie de familiaridad con este sector. Es como si perteneciera a él de forma indirecta, junto a muchas otras personas que enfrentan miedos similares a los que me atormentan a mí.

Después de un largo tramo por las pintorescas —y otras tétricas— calles del G, llegamos finalmente a los límites de Esperanza. David conduce hacia la costa, con destino a la estación de metro. Al hallarnos cerca, él estaciona el vehículo en un callejón y me dice que debemos llegar a la estación a pie.

—Es lo mejor —afirma—. Un automóvil no es fácil de esconder, y no sabemos si podría haber protectores cerca de la estación.

Lo más probable es que los haya. Solo espero que no me sometan al control de identidad. De hacerlo, mis nervios podrían delatarme y mis falsas explicaciones sobre qué hago a estas alturas de la noche en Esperanza no servirían de nada.

David y yo avanzamos entre la oscuridad de las calles. Nos detenemos en cada esquina para comprobar que no haya patrullas protectoras cerca. Me acerco casi involuntariamente a él mientras caminamos. Él parece darse cuenta, pero no dice nada. Aunque nos duela despedirnos, debemos tener en cuenta que apenas nos conocemos. De no ser por lo que somos, no tendríamos ningún tipo de extraña conexión.

La entrada de la estación se hace visible a la distancia. El mar parece rugir y el viento revuelve nuestros cabellos. Acabo de recordar que dejé en su casa la gorra que traje a nuestro encuentro, pero no me importa. He dejado algo mucho más importante en casa de David: mi verdadero yo.

—Debo apresurarme en regresar, en cualquier momento aparecerán protectores —susurra él.

Nos escondemos tras un letrero situado frente a la estación. Tengo a David tan cerca que me pongo nervioso. Me surgen bobas imaginaciones sobre besarlo, pero las intento reprimir. De no controlar estos impulsos irracionales, en cualquier momento cometeré un error del que nunca podré perdonarme.

—Adiós, David. —Las palabras duelen—. Gracias por traerme.

No debería agradecerle. Me llevó a la fuerza a su casa; lo mínimo que podía hacer era traerme de regreso. No obstante, lo que siento por él es gratitud. Me reveló un mundo que nunca esperé descubrir y me regaló un poco de libertad antes de entregar mi vida a la causa común de la nación.

—Adiós —musita, sin moverse.

Tal vez espera que le diga algo más, pero guardo silencio. No sé qué decir. Cientos de dudas me paralizan. A pesar de que he tomado la decisión de no volver a verlo, sé que, en el fondo, no olvidaré con facilidad lo que pasó entre nosotros.

Ante mi silencio, David resopla, se da la vuelta y corre hacia las calles que atravesamos hace minutos.

Se va.

Se aleja junto con la verdad de lo que soy.

Apenas me doy cuenta de que desciendo las escaleras de la entrada a la estación. Todo está iluminado con luz amarillenta. Estoy a solas. Siento frío.

Para mi buena —o mala— suerte, un metro se acerca.

Las puertas se abren automáticamente. Estoy entre la deriva de lo incierto y lo real. Lo incierto es lo que pasará conmigo tras el día de las reproducciones obligatorias, la Cura y mi vida junto a Caroline. Lo real es lo que David dice que somos. Y le creo. Siempre supe que no estaba enfermo, pero no tenía cómo probarlo, salvo por los foros de la red negra que no creía confiables. Ahora, en cambio, sé que los intranautas no mentían. Sé que todos tienen razón en algo: lo que soy no se debe a una enfermedad.

David se ha ido. Eso también es real. No volveré a sentirme tan vivo como hace horas, porque puse una barrera entre nosotros sin siquiera darle la oportunidad de conocerme a fondo. Lo dejé ir, y me dejé ir también.

Honestamente, no es lo que quería, es lo que mi juicio me obligó a hacer. Lo que mi corazón quiere es conocerlo en profundidad, dejarme deleitar por las mil verdades que conoce sobre el mundo real y mantener esa conexión espiritual que nunca logré experimentar con Caroline.

El metro está a punto de cerrar sus puertas y regresar a Libertad.

Es ahora o nunca. Debo subir...

Pero mis piernas no se mueven hacia adelante: retroceden. Primero lento, luego con determinación.

Me doy la vuelta y subo las escaleras con rapidez.

Corro de regreso hacia David.

Corro de regreso hacia mi libertad.

El viento que viene del océano aumenta mi adrenalina y me entrega la fuerza necesaria para correr. No sé el motivo de mis lágrimas, solo caen. Se secan con el frío de la noche y la velocidad con la que me desplazo por las calles que recorrí junto a David.

Lo busco en los alrededores, pero no lo veo. Me desespero. ¿Y si ya va en camino al G? ¿Qué haré en ese caso?

Sé que podría volver a contactarlo mediante la red negra, pero mis piernas siguen moviéndose en su búsqueda. Grito su nombre sin importar que llame la atención de los habitantes de las casas cercanas o las patrullas protectoras que podrían estar cerca. Lo llamo hasta que mi garganta y mi corazón arden.

Cuando estoy a punto de perder las esperanzas, veo que corre hacia mí. Me detengo sin saber qué hacer. Debo verme desastroso entre las lágrimas y la desesperación.

David se acerca y me observa con expresión preocupada.

—¿Estás bien? —inquire, agitado—. ¿Qué te sucede?

No digo nada.

Lanzo mis brazos a su cuello y lo abrazo tan fuerte como puedo. No puedo ver su rostro, pero sé que lo he tomado por sorpresa.

—No te alejes, por favor —suplico entre lágrimas y jadeos—. No te alejes.

Él no dice nada. Segundos después, siento sus brazos rodearme. Me aprieta con la misma fuerza que hace horas, pero esta vez se siente diferente. Ambos nos necesitamos ahora.

Casi perdiendo la noción de la realidad, y yendo en contra de mis principios, tomo una peligrosa decisión: volveré a verlo tantas veces como pueda antes de las reproducciones obligatorias.